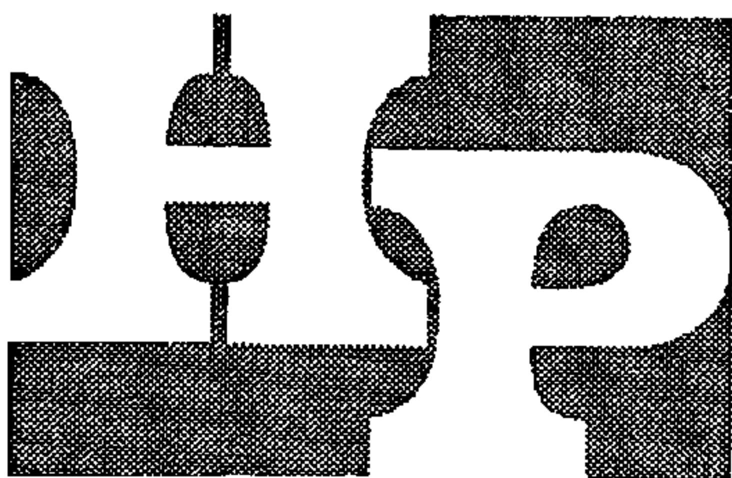
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
Héroes de la
PRADERA

Keith Luger

EL BRUTO Y LA DAMA





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL BRUTO Y LA DAMA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 98
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Depósito Legal B 35744-1971

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edición: noviembre, 1971

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Leonore Kepp se quedó perpleja cuando entró en el bar de Frank Potter, en Fort Laramie. Se dijo que en todos los días de su vida no había visto un establecimiento como aquél; y tal pensamiento no se concretaba solamente al local, sino también a la clientela. Hubiera podido jurar por los huesos de su abuela Ruth, suponiendo que a una señorita de Boston le fuera posible jurar, que allí se había dado cita la chusma de todos los Estados de la Unión.

Los parroquianos de Potter eran tipos astrosos, barbudos, sucios y hasta malolientes. Se distribuían a todo lo ancho del bar, desde el extremo del mostrador más cercano a la puerta, hasta la pared del fondo. A la derecha había media docena de mesas, simples tablas de madera sostenidas por trípodes, a cuyo alrededor bebían y cantaban aquellos extraños hombres.

Estuvo tentada de marcharse, pero en aquel momento una garra la atrapó por la muñeca. Al volverse, sobresaltada, vio ante sí a uno de aquellos barbudos, en cuya cara sólo era visible un ojo porque el otro estaba cubierto con un trozo de cuero atado, por dos cintas negras a la nuca.

—¡Hola, guapa! Me buscas a mí, ¿verdad?

—¿Ha visto al señor Kennedy?

El otro hizo una mueca, mostrando tres dientes medio partidos.

—¿Kennedy? —Lanzó una risotada—. Yo soy mejor que Kennedy, muchacha.

—Perdone, pero es con el señor Kennedy con quien quiero hablar.

El tipo acarició con un dedo la piel femenina.

—¡Infiernos! Estás hecha de terciopelo, muñeca.

La joven dio un tirón, deshaciéndose; y el tipo intentó atraparla,

pero resbaló de la silla y cayó de bruces en el suelo. Dos compañeros del accidentado prorrumpieron en fuertes risotadas, y ése fue el momento que Leonore aprovechó para pasar por entre dos mesas y alejarse de aquel lugar hacia el fondo del saloon.

Una mujer rubia se alzó de su silla, interponiéndose en su camino.

—¿Eres tú la nueva?

—¿Cómo dice, señora?

La rubia, una mujer de unos cuarenta años, de cara abotargada, lanzó una risotada soez mirando a los muchachos que había alrededor.

—¿La habéis oído, muchachos? A partir de hoy vais a codearos con la aristocracia.

Se oyeron estrepitosas carcajadas, mientras la rubia medía de pies a cabeza a Leonore. Tuvo que darle el visto bueno, porque Leonore estaba justamente en su sazón. Había cumplido recientemente los veintidós años de edad y era esbelta, de cuerpo maravillosamente perfecto y rostro bello y sensitivo, de ojos grandes, enormes y muy negros, que brillaban como orugas en un terreno pizarroso.

Un brazo pretendió acercarse a la cintura de Leonore, y ella, rápidamente, le pegó un manotazo.

La rubia rió otra vez.

—No la toques, Billy. Podrás romperla.

La nueva ocurrencia fue celebrada por otro alud de carcajadas.

Leonore retrocedió, con tan mala fortuna que tropezó con una bota y fue a caer encima de las rodillas de un hombre, el cual se dispuso a rodearla con sus manazas mientras gritaba:

—¡Eh, muchachos, mirad lo que me ha tocado!

Leonore le pegó un codazo en las narices al tiempo que saltaba, y el fulano se fue hacia atrás en la silla, estrellándose en el suelo.

La rubia se cogió los riñones desternillándose de risa.

Leonore aprovechó la favorable circunstancia para pasar a otra jurisdicción, que fue la de un tipo que estaba esperándola con las piernas abiertas en compás y los brazos arqueados, exactamente igual que el gorila que recordaba haber visto dibujado en su libro de zoología.

El fulano abrió la boca soltando un gruñido. Ahora Leonore ya

no tuvo duda de que se encontraba ante un orangután.

El tipo movió la testa y Leonore retrocedió una vez más, empezando a sentir náuseas. El humo del pestilente tabaco que fumaban aquellos hombres la envolvía, y a su delicada nariz llegaba el olor del sudor y de la grasa.

El gorila avanzó sobre ella, soltando otro gruñido, y de pronto un hombre se levantó diciendo:

—¿Lo veis, muchachos? Le ha gustado al mudo.

Leonore dio media vuelta y echó a correr hacia el mostrador.

Otra mujer se interpuso en el camino. Era una pelirroja con muchas curvas, que la atrapó por la muñeca.

—Oye, chica, ¿qué es lo que te pasa a ti?

—Por favor, señorita —dijo Leonore—. Ando buscando al señor Kennedy.

—A Kennedy, ¿eh? Tiene gracia. Hasta aquí vienen a buscarlo. Te gustó, ¿eh?

La joven empezó a ruborizarse.

—Perdone, pero no le he visto en toda mi vida.

La pelirroja arrugó el entrecejo.

—¿Esperas que te crea?

—Es cierto.

—Es muy difícil engañar a Anna la Rojiza, ¿lo entiendes? Y si tú has venido aquí a hablar con Kennedy es porque le has echado el ojo al muchacho. Pero te voy a decir una cosa, pipiolo. —La Rojiza hizo una pausa, observando que todos los hombres estaban pendiente de aquel diálogo—: ¡Yo también quiero atrapar a Kennedy, y maldita si lo he conseguido!

Los espectadores dieron rienda suelta a su jolgorio.

Un hombre se apartó del mostrador dando traspiés. Trató de detenerse, consiguiéndolo a duras penas. Luego, soltando un eructo, se señaló el pecho con el dedo índice.

—Oye, nena —dijo—. Yo te puedo llevar adonde está Kennedy.

—¿Usted? —repuso la joven con voz esperanzada.

—Claro que sí, pequeña. Anda, vamos; no perdamos más tiempo.

Leonore miró a la pelirroja, la cual continuaba cogiéndole la muñeca.

—¿Me permite, señorita…? Ya lo ha oído. Este hombre me va a llevar adonde está Kennedy.

Anna sonrió aviesamente.

—Está bien, Ray. Llévatela.

Ray, el tipo borracho, era un hombretón de frente muy estrecha y nariz afilada. Sus ojos brillaron mucho cuando cogió por el brazo a Leonore.

Los hombres y las mujeres que había en la sala empezaron a reír de nuevo, pero ahora no lo hacían a carcajadas, sino disimuladamente.

Ray y Leonore emprendieron el camino hacia la puerta. Ya estaban a punto de ganarla, cuando de pronto se abrieron violentamente las hojas de vaivén, dando paso a un hombre.

Instantáneamente, Ray se detuvo, pero su mano izquierda siguió cogida al brazo de Leonore.

El recién llegado era un hombre muy alto y debía estar por los veintiocho o veintinueve años de edad. Poseía un cuerpo de recia constitución. A simple vista, podía jurarse que allí solamente había músculos y huesos. Sus ojos eran azules, la nariz recta y la boca quizá un poco ancha. Su barba estaba recién rapada. La vestimenta dejaba bastante que desear, porque estaba llena de manchas de polvo.

Después de entrar se detuvo, recorriendo con la mirada el local, mientras ponía los dos brazos en jarras.

—Bien —dijo en voz alta—. ¿Dónde están Jackson y sus cuatro primos?

De una mesa del fondo se irguieron cinco hombres. Eran cinco buenos ejemplares, tipos rebosantes de salud, provistos de fuertes brazos y piernas. Cuatro de ellos eran rubios y el otro poseía el pelo castaño. Éste fue el que contestó al recién llegado:

—Aquí nos tienes, muchacho.

El joven echó a andar hacia aquella mesa.

Ray aprovechó la oportunidad para empujar a Leonore hacia la puerta.

—Vamos, nena, ya tenemos el paso libre.

Leonore preguntó:

—¿Quién es ese hombre que acaba de llegar?

—¿Ése? No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabe?

El borrachín hizo una mueca.

—Verás, chica, aquí no se puede conocer a todo el mundo.

—Me describieron bien a Kennedy, y ese joven responde a la descripción.

—Oh, no… El no es el hombre que tú buscas.

—Muy bien. Se lo preguntaremos a él.

—¿Para qué necesitas preguntárselo si yo te voy a llevar adonde está Kennedy?

Leonore vio brillar una luz extraña en los ojos de Ray, y se estremeció.

—Prefiero esperar —dijo.

—¿A qué?

—Ya lo ha oído. A hablar con ese hombre.

—No podrás hablar con él, muchacha.

—¿Por qué no? ¿Lo va a impedir usted?

—No, chica; yo no lo voy a impedir. Se ha metido en un buen lío. ¿Es que no lo ves?

—De modo que es Kennedy.

—¡Maldita sea! Está bien, es Kennedy, pero ahora Jack —son y sus cuatro primos lo van a convertir en pulpa.

—Me quedaré. Haga el favor de soltarme.

—Claro que sí, nena. Tú y yo nos quedaremos. Bien pensado, también a mí me gustará ver cómo barren los pedazos de Kennedy. —Ray se pasó la lengua por los labios—. Y luego hablaremos tú y yo.

Kennedy había caminado muy lentamente hasta la mesa. Ahora se había detenido, observando las cinco caras.

—¿Qué os dije en Sacha, muchachos? —preguntó con voz muy grave.

—Que no cazásemos en la pradera de Aguas Calientes —respondió el hombre del cabello castaño.

—Exactamente —meneó la cabeza el joven—. Y eso no fue un capricho mío. Hace cinco años todos los cazadores de búfalos nos reunimos en Laramie y acordamos respetar nuestros lugares de caza. Fue un buen pacto, y aún recuerdo que pasamos tres días bebiendo *whisky* hasta que se acabó la última gota.

—Sí, Kennedy, fue un buen acontecimiento.

Kennedy cerró el puño derecho y empezó a golpearlo muy despacio sobre la palma de la mano izquierda. Sus ojos se habían

detenido en la cara de Jackson.

—Pero vosotros no habéis respetado ese acuerdo. Cazasteis en Aguas Calientes.

—El ganado huyó de nuestra pradera.

—Yo no habría tenido inconveniente en dejaros cazar en Aguas Calientes si me lo hubierais pedido, pero vosotros fuisteis allá clandestinamente; y eso no fue lo peor.

Kennedy hizo una pausa y giró la cabeza hacia los hombres que había a la izquierda y que estaban escuchando.

—Pusieron en práctica el procedimiento más aborrecible para todo cazador de búfalos. —Volvió a mirar a Jackson—. Le pegaron fuego a la pradera, para encerrar los búfalos en un valle. La pradera ardió en una extensión de más de veinte millas. Por fortuna, el viento cambió; porque si hubiese seguido soplando en la misma dirección, a estas horas no quedaría un solo árbol de los bosques de Sacha, que se extienden a la ancho de doscientas millas.

Hubo un silencio. Jackson seguía sonriendo.

—Eres muy hablador, Kennedy.

—Tenía que desembuchar, y ya lo he hecho.

—Sí, ya lo has hecho. Pero ahora mis primos y yo te vamos a cerrar la boca por una temporada.

—¿Tus primos y tú? —repitió Kennedy muy serio.

—Eso he dicho.

—Nunca me ha gustado que nadie intente cerrarme la boca —dijo Kennedy, e inmediatamente soltó un puñetazo en el mentón de Jackson.

El agredido voló por los aires y cayó sobre una mesa, que redujo a astillas.

El rubio que estaba más cerca aprovechó la oportunidad de que Kennedy había quedado agachado, llevado por la fuerza de su impulso, le estrelló el puño en el hígado.

Kennedy se dobló dos pulgadas y entonces otro de los primos le pegó en la nuca con las dos manos entrelazadas, como si golpease a un conejo.

Kennedy cayó de bruces en el suelo, pero el golpe, con haber sido brutal, no bastó para privarle del conocimiento. Por el contrario, alargó una de sus manazas, y atrapando el tobillo del hombre que primero le había golpeado, saltó hacia arriba.

El rubio perdió el equilibrio cayendo en el suelo y Kennedy, una vez en pie, retorció el tobillo violentamente. Su víctima lanzó un terrible grito, y se volvió para evitar que el joven le quebrase el hueso.

Kennedy tuvo que soltar muy aprisa la pierna, porque dos rubios se abalanzaron contra, él. Detuvo a uno pegándole un golpe seco en el estómago y luego le estrelló la zurda en la mejilla.

El golpeado se fue dando vueltas como una peonza, abatiendo a su paso dos mesas, tres sillas y a una rubia, que lloraba a lágrima viva porque estaba viendo la cara de despedida del hombre que se le había fugado con los ahorros.

Kennedy recibió un trallazo en el mentón y también salió disparado por el centro de la sala hacia el mostrador. No encontró ningún obstáculo a su paso, porque el público se había retirado de aquel lugar para dejar ancho campo a los contendientes.

De pronto tropezó con una mujer y los dos se vinieron abajo, mientras ella lanzaba un grito.

Kennedy quedó sentado en el suelo, y vio alzarse a su lado la figura de una joven que se cubría con una blusa blanca.

—¡Es usted un bruto!

Kennedy arrugó el entrecejo. No conocía a aquella mujer. ¿De dónde había salido? Pero le gustaron sus ojos, el color de su piel, el rojo de sus labios y todo lo demás que ella poseía.

Se levantó rápidamente y cogiéndola por los brazos la izó como una pluma.

—¡Suélteme! —dijo Leonore, rabiosa.

Kennedy la acercó contra sí y la besó fuertemente en la boca.

Al separarse de ella, se quedó mirándole fijamente con los ojos muy abiertos, y él dijo:

—Ésta es la compensación nena. Hasta luego.

La dejó en el suelo y fue en busca del hombre que lo había enviado hasta allí.

El rubio lo esperaba sonriendo, moviendo los puños en el aire, pero no estaba solo. Jackson se había recuperado y estaba a su lado, y a la derecha estaban otros dos primos.

Kennedy no se detuvo un instante en el camino, sino que, sobre la marcha, cogió una silla y la arrojó con todas sus fuerzas contra el grupo, yendo él detrás.

El proyectil golpeó contra Jackson, lanzándolo contra la pared.

Kennedy logró atrapar una cabeza rubia con cada mano y, echando una pierna atrás, cerró sus brazos con todas sus fuerzas.

Se oyó un terrible chasquido, y cuando Kennedy dejó libres a los dos hombres, éstos pusieron los ojos en blanco y se desplomaron en el suelo.

El único rubio que quedaba en pie para arrojarla sobre la cabeza de Kennedy, pero éste llegó y le golpeó en seco en el estómago.

El tipo bajó los brazos como impulsado por un resorte y la silla se hizo pedazos sobre la cabeza de Kennedy, el cual empezó a derrumbarse. Pero antes aunó todas sus fuerzas que le quedaban en el brazo izquierdo y lanzó el puño contra la cara de su rival.

Fue un trallazo brutal, y el rubio rodó por el suelo y finalmente quedó inerte.

Kennedy, dando vueltas sobre sus pies, que no se movían, vio a Jakson y a sus cinco primos en el suelo, exánimes. Sus labios se distendieron en una sonrisa, pero luego hizo una mueca y, finalmente, él también se estrelló contra el piso, porque había quedado privado del conocimiento.

Capítulo II

Kennedy volvió en sí y se encontró tendido en un camastro. Irguióse sobre los codos mientras soltaba una maldición, recordando que uno de los rubios primos de Jackson lo había dejado fuera de combate justamente cuando él era ya el vencedor de la pelea. Se pasó una mano por la cara, y al retirarla de los ojos, se quedó inmóvil observando a la joven que había apoyada en la puerta.

—¡Ah, eres tú! —dijo.

Sacudió la cabeza y miró a las paredes y al techo. Sí; reconocía aquella habitación. Pertenecía al bar de Potter.

De pronto sintió un agudo dolor en lo alto del cráneo, y al tocárselo soltó una imprecación. Su cuero cabelludo había aumentado de tamaño.

—¿Están ahí fuera esos bastardos? —gritó.

Leonore Keep arrugó el entrecejo.

—Supongo que se refiere usted a los que pelearon con usted.

—¿A quiénes, si no? —dijo él bruscamente.

—Se fueron ya.

—¡Malditos sean! Los encontraré vez y entonces… Van a acordarse de mí para toda la vida. ¡Juro que les retorceré el pescuezo!

—Olvídelos, señor Kennedy. No los verá en algún tiempo.

Kennedy la miró otra vez, con un poco más de interés.

—Eres bonita, muchacha.

Las mejillas de la joven se encendieron.

—Será mejor que abordemos cuanto antes nuestro negocio.

Kennedy hizo una mueca, mirándola.

—Nunca me ha gustado engañar a la gente, de modo que te lo voy a decir pronto. Estoy sin blanca.

—¿Cómo?

—Si esperas un par de días podré vender mis pieles, y entonces continuaremos esta agradable conversación.

La joven empezó a abrir mucho los ojos.

Kennedy saltó de la cama y cerró los ojos, llevándose una mano a la nuca. En esa posición, dijo:

—Me imagino que no me darás crédito. —Volvió a abrir los párpados y se la quedó mirando—. Pero no te preocupes, no te recrimino. Has venido a caer en un lugar donde hay demasiada gentuza. No te fíes de nadie.

—¡Señor Kennedy!

—Anda, ven aquí, muchacha. —Kennedy dio la espalda a la joven y esperó unos segundos—. ¿Qué haces ahí? ¡Acércate de una vez! Sólo quiero que me des una friega en los riñones. Esos hijos de perra me dieron mucho trabajo.

—No voy a hacer tal cosa —fue la respuesta de la joven.

—¿Qué te pasa? ¿O es que también quieres que te pague por eso? Está bien, quédate ahí. ¡No te necesito!

Kennedy se sacó los faldones de la camisa y se pasó la mano por los costados.

—¡Señor Kennedy! —repitió la joven. El volvió la cabeza.

—Oye, nena, deja de utilizar ese Kennedy. Soy Joe, ¿lo entiende?

—He venido de Denver para hablar con usted.

Kennedy iba a decir algo, pero se interrumpió.

—¿Desde Denver?

—Sí.

Joe terminó de volverse y se la quedó mirando con la cabeza ladeada.

—No te comprendo, pequeña. A ver si lo aclaramos. ¿Tú has hecho el viaje desde Denver a Fort Laramie para echar una parrafada conmigo?

—Sí, señor.

—¿Entonces tú…?

—No soy lo que usted ha creído —dijo Leonore, antes de que él pudiese agregar nada.

Kennedy se echó a reír.

—¡Tiene gracia!

—No la tiene para mí.

Joe empezó a quedarse serio, y de pronto preguntó:

—¿Qué es lo que tienes que hablar conmigo?

La joven se humedeció los labios con la punta de la rosada lengua.

—Quizá mi nombre le diga algo. Soy Leonore Keep.

Kennedy se metió los faldones en el pantalón, sin apartar la mirada de la bonita cara de la muchacha.

—Keep, ¿eh…? —murmuró—. Sí, ya entiendo. Tú eres la nieta de Harry Keep.

—Sí, señor Kennedy.

—Tu abuelo me ha hablado algunas veces de ti. —Kennedy se echó a reír—. ¿Dónde está ese viejo zorro? ¿Lo dejaste en el fuerte? Palabra de que tengo ganas de charlar con él un buen rato. ¿Sabes una cosa? Me sorprendió mucho no encontrarlo ayer a mi llegada.

La joven tragó saliva, diciendo:

—El no ha venido.

—¿No? ¿Por qué no?

Se hizo una larga pausa y de pronto, la cara sonriente de Kennedy fue quedando otra vez seria.

—¿Ha… muerto?

—Sí.

En la estancia se hizo un gran silencio. Las manos de Kennedy habían quedado inmóviles sobre el cinturón. Soltó un gruñido y ahora se llevó la diestra a la cara, por donde se la pasó, cerrando los ojos.

En esa posición, su voz sonó un poco hueca:

—El viejo zorro se ha ido… El bueno de Harry…

Dio unos pasos por la estancia hacia la pared del fondo, en la cual se apoyó con la palma de la mano, mirando al suelo.

—Lo siento… Lo siento mucho. Siempre fuimos buenos amigos —sonrió—. El año pasado, cuando vino aquí, me dijo que esta primavera se vendría conmigo a Aguas Calientes… Era un condenado fanfarrón. Apostó su pipa favorita conmigo a que tumbaría más búfalos que yo. —Hizo otra pausa—. Pero era el hombre más generoso que he conocido.

Se volvió hacia la joven, la cual continuaba en el mismo lugar, junto a la puerta. Ahora ella dijo:

—Usted y yo somos sus herederos.

Kennedy hizo un gesto interrogante.

—Repítalo.

—Usted y yo somos sus herederos.

—¡Oh, no! Ese viejo zorro no ha podido hacer eso.

—Deje la farsa —dijo la joven con voz seca.

Los ojos de Kennedy cobraron un nuevo brillo.

—¿Qué es lo que dice?

—No hace falta que represente ante mí un papel, señor Kennedy.

—¿Qué es eso de la representación?

—Usted se las arregló bien para granjearse la confianza del abuelo. Usted sabía que larde o temprano él moriría, y pensó que no sería mal negocio conseguir que él dejase parte de sus bienes.

El rostro de Kennedy se convirtió en una máscara inexpresiva.

—Le voy a dar un consejo, señorita Keep. Me imagino que usted es una persona muy limpia que se baña todos los días…

—¡No le consiento…!

—¡Cállese! —Kennedy apretó los dientes—. Usted se baña todos los días, pero seguramente olvida algo muy importante: pasarse una buena esponja por el cerebro.

Los ojos de Leonore Keep llamearon furiosos.

—Creo que usted necesita más que yo una limpieza.

—Dé media vuelta y salga de aquí.

—Usted y yo tenemos que hablar de negocios.

—¡Ya acabó conmigo! —Kennedy alargó el brazo, señalándola con el dedo índice—. Le he dicho antes que su abuelo me habló de usted; y yo sé la clase de cursi que es usted. Usted se encuentra ahora fuera del tiesto, señorita Keep. ¿Cómo se ha atrevido a venir aquí, abandonando la compañía de esa ceremoniosa sociedad donde usted se mueve? ¿Es que ha perdido la razón, señorita Keep? ¡Vamos, dese prisa! ¡Vuelva con ellos antes de que alguien de aquí la manche!

—He venido a Fort Laramie porque mi abuelo me impuso una condición.

Kennedy iba a seguir gritando, pero se interrumpió nuevamente:

—¿Cómo condición?

—Sí. El abuelo dejó establecido en su testamento que yo debía venir personalmente a por usted.

—Estupendo, señorita Keep. Usted ya ha venido a comunicarme el fallecimiento de su abuelo; y ya le he dicho que lo siento. Ahora, eche a volar.

—Todavía no he terminado.

—Yo, sí, y le aconsejo que no permanezca un segundo más en esta habitación. Tengo ganas de echar un sueño y voy a desvestirme.

—No seré usted tan grosero de desvestirse delante de una señorita.

—¿No?

—¡Le prohíbo que lo haga!

—¿Me prohíbe usted que me desvista y que duerma?

—Tiene que escucharme antes, y luego puede dormir todo lo que quiera.

Kennedy hinchó los pulmones de aire y dijo:

—Salga, señorita Keep.

—No.

—¡Salga!

Kennedy empezó a desabotonarse la camisa, la cual desprendió, mostrando el torso desnudo. Luego arrojó la camisa a los pies de la cama, mirando a la joven, la cual estaba haciendo un gesto de enorme sorpresa.

Las manos de Kennedy bajaron el cinturón.

Entonces Leonore Keep se volvió rápidamente y, abriendo la puerta, salió exclamando:

—¡Es usted un miserable!

Kennedy vio la puerta cerrada y se puso a sonreír. Luego echó el pestillo, y quitándose los pantalones se quedó en calzoncillos; unos calzoncillos que le llegaban desde la cintura a los tobillos. Finalmente se tendió en la cama y no tardó más de un par de minutos en conciliar el sueño. Éste no fue del todo tranquilo, por culpa de una joven de ojos muy grandes.

CAPÍTULO III

Kennedy se despertó al oír que llamaban fuertemente a la puerta. Restregóse los ojos, mientras soltaba una maldición.

—¡Déjeme en paz, señorita Keep! —gritó.

Pero entonces no escuchó la voz melodiosa de la señorita Keep:

—¡Abra de una vez, si no quiere que le eche la puerta abajo!

Joe siguió soltando su retahíla de imprecaciones. Había reconocido la voz del sargento Hougron.

—Oiga, sargento, ¿es que no puede un hombre dormir?

—Tiene que venir conmigo.

—¿Adónde?

—Al fuerte.

—Oiga, sargento, yo no prendí fuego a la pradera en Aguas Calientes. Fueron los Jackson, de modo que lárguese. Tengo sueño.

—¡Abra, por todos los infiernos, Kennedy! No se trata de la pradera. Tiene que venir conmigo inmediatamente. Es orden del comandante.

Joe movió la cabeza de un lado a otro.

—Está bien, sargento. Espere.

Saltó de la cama y se puso la camisa y los pantalones. Luego abrió la puerta y en el corredor vio la cara feroz del sargento Hougron.

—¿Qué pasa, sargento?

—No haga preguntas.

—¡Siempre lo mismo! No haga preguntas. ¿Debo recordarle que soy un paisano?

Hougron le enseñó los cortantes dientes.

—Sí, usted es un paisano, Kennedy, pero vivo con la esperanza de que algún día llegue a estar bajo mis órdenes.

—No le caerá esa breva.

—Según las últimas noticias que nos llegan, los indios andan un poco revueltos al norte. Le apuesto doble contra sencillo a que antes de que termine la semana todos ustedes quedan incorporados al ejército, y entonces… —Hougron sonrió, sin concluir la frase.

—¡Qué gran muchacho es usted, sargento! —dijo Kennedy, y pasó por su lado siguiendo por el corredor que conducía al saloon de Potter.

Cruzaron por éste. Un hombre palmeó en la espalda a Kennedy.

—Bravo, Joe, les diste una lección a los Jackson.

—Gracias, Bing, pero eso sólo fue el comienzo…

Algunos tipos empezaron a reír fuertemente.

El sargento y Joe abandonaron el saloon. Era de noche oscura. Sólo se veían algunas ventanas iluminadas en el poblado de adobe, pero a lo lejos destacaba sobre el horizonte la alta empalizada de Fort Laramie.

Hicieron el camino en silencio y, unos minutos más tarde, el sargento abría una puerta sobre la que había un pequeño rectángulo de madera en el que se leía: «Comandante Rainier».

Kennedy penetró en el despacho y al instante quedó inmóvil, al ver a Leonore Keep sentada frente al comandante Rainier. Éste era un hombre de unos cincuenta años de edad, de cabello entrecano y rostro grave.

Hougron saludó militarmente por detrás de Joe, y el comandante dijo:

—Puede retirarse, sargento.

Hougron salió, tras pegar un fuerte taconazo.

Rainier fijó sus ojos en la cara de Kennedy.

—La señorita Keep me ha dado una queja acerca de usted, Kennedy. Al parecer no se ha comportado con ella todo lo correctamente que sería de desear.

Joe miró a la joven, que se mantenía erguida, con evidente aire ofendido.

—Seguramente la señorita Keep está acostumbrada a que los hombres le regalen los oídos, y le contraría oír una verdad.

—¡Señor Kennedy! —exclamó Rainier.

La joven volvió rápidamente la cabeza hacia Joe.

—Es mejor que acabemos cuanto antes esta situación, señor

Kennedy.

—¿Sí?

—No siente por usted ninguna simpatía.

—Creo que ese sentimiento es recíproco, señorita Keep.

—No hubiese consentido en verle más si no fuese porque tenemos intereses comunes.

—¡Vaya!

—Se lo repito, señor Kennedy. Usted y yo somos herederos de mi abuelo, y yo no soy la culpable de que hayamos llegado a esta situación.

Kennedy sacudió la cabeza.

—Oiga, señorita Keep. Yo también quiero aclararle de una vez una cosa. No sé qué puede haberme dejado su abuelo, pero desde este instante renuncio a ello.

—¿Cómo?

—Ya lo ha oído. Renuncio a ello. No quiero ser heredero. En otras palabras, usted se lo queda todo, de modo que por mí hemos terminado. Buenas noches, señorita Keep. Hasta la vista, comandante. —Se volvió para abrir la puerta.

La joven, asombrada todavía por las últimas palabras que había oído decir a Joe, exclamó:

—¡Ordénele que se quede, comandante!

—¡Quédese ahí, Joe!

Joe había empezado a girar el tirador de la puerta, pero se interrumpió dando un suspiro. Volvió la cara, apretando los labios con fuerza.

—¿Qué quiere ahora, señorita Keep? —inquirió, arrastrando las palabras.

—Usted no puede renunciar a la herencia de mi abuelo.

—¿Quién dice que no? ¿No es eso lo que a usted le conviene? De esa forma se queda con todo.

—No, señor Kennedy. Si usted renuncia, yo me quedaría absolutamente sin nada.

Kennedy enarcó las cejas.

—¿Qué está diciendo?

—Mi abuelo era un poco extravagante, y quiso serlo también a la hora de morir. ¿Le dijo a usted que era el dueño del mejor rancho de Denver?

—Sí, lo sé desde hace muchos años. Su abuelo lo dejaba todo para venir aquí, en la primavera, a recordar sus buenos tiempos de cazador de búfalos; y aunque a usted le parezca mentira, él tenía muy buenos amigos entre los desharrapados que ha conocido usted en el bar de Potter.

—¿Por qué no me deja ir directamente al asunto, señor Kennedy? No me interesan sus comentarios acerca de los hombres que he visto en el bar de Potter.

Kennedy cruzó los brazos.

—Adelante, señorita Keep.

—¿Mi abuelo nos dejó su rancho Los Tres Búfalos a usted y a mí?

—¿Al cincuenta por ciento?

—Sí, señor, mitad y mitad.

—Y, naturalmente, a usted le preocupa mucho eso. Usted cree que antes renuncié porque no sabía de qué se trataba y piensa que ahora yo volveré de mi acuerdo —dejó pasar unos segundos antes de continuar—: Se equivoca, señorita Keep. Mantengo lo que dije antes. Los Tres Búfalos es suyo y ahora mismo estoy dispuesto a firmar mi renuncia. El comandante nos servirá de testigo.

—Y yo le sigo diciendo que no puede hacer eso —dijo Leonore.

—¿Por qué?

—Porque mi abuelo lo prohibió, y si usted renuncia, yo pierdo automáticamente mi cincuenta por cien.

Joe se quedó al pronto callado, pero luego empezó a sonreír.

—¡Vaya! El viejo zorro se marchó organizando una buena treta.

—Yo no lo llamaría así.

—Me lo imagino, señorita Keep.

—Fue algo completamente absurdo. Mi abuelo dispuso que yo debía venir a por usted. —La joven se volvió hacia el militar—. ¿Se da cuenta, comandante? Yo debía venir aquí, a este confín del mundo. Dejó dispuesto que debía buscar personalmente al señor Kennedy. El abuelo no se contestó con hacerme viajar. Tenía que ser yo quien entrase en ese tugurio maloliente. —La joven se interrumpió, viéndose observada por los ojos de Kennedy.

—Continúe, señorita Keep —dijo él, sonriente—. No se detenga por mí. Escupa todo lo que lleve dentro.

—¡Kennedy! —exclamó el comandante con reconvención.

Las mejillas de la joven habían enrojecido otra vez.

—Está usted agotando mi paciencia, señor Kennedy.

—Tiene poca correa.

El comandante Rainier golpeó la mesa con la palma de la mano.

—No le voy a consentir que se extralimite, Kennedy.

—Perdón, señor —dijo Joe.

El comandante llevó aire a sus pulmones y luego forzó una sonrisa.

—¿Quiere proseguir, señorita Keep?

La muchacha hizo un gesto afirmativo.

—Hablábamos de su renuncia, señor Kennedy. Si usted hace eso, yo me quedo sin mi parte en el rancho, y entonces, Los Tres Búfalos pasará automáticamente a Maxwell Armstrong.

—¿A Maxwell Armstrong?

—Sí.

—Debe estar equivocada.

—No, no lo estoy.

—Maxwell Armstrong era el enemigo de su abuelo, su rival, el tipo que el viejo zorro no tragaba; y no es posible que el abuelo le deje el rancho.

La joven lo miró fijamente a los ojos.

—Maxwell Armstrong sólo heredará Los Tres Búfalos si usted renuncia, señor Kennedy.

En la estancia se hizo un largo silencio.

Joe dejó caer los brazos a lo largo de sus costados, dando dos pasos hacia la mesa.

—Oiga, señorita Keep. Comprendo que hay muchos hombres que verían colmada su felicidad siendo propietarios de un rancho, pero a mí no me interesa. ¿Me explico bien?

—Como un libro abierto —sonrió por primera vez la joven desde que él llegó al despacho.

—Yo prefiero mi vida y no habrá nada ni nadie en el mundo que me haga cambiar.

—Estoy de acuerdo con usted, señor Kennedy.

—Celebro que, por primera vez, hayamos coincidido.

—A mí tampoco me interesa ser ranchera.

—También me lo imaginaba.

—Existe una solución estupenda, señor Kennedy. Venderemos

nuestro rancho. Usted cobra su parte y yo la mía, y cada cual podrá seguir su vida.

—Estupendo, señorita. Vuelva a Denver, venda el rancho y quédese con todo el dinero.

—¿Pero qué clase de cabezota es usted? ¿Espera que me conmueva con su generosidad? Sepa de una vez que se equivoca. Estoy dispuesta a apostar que usted conocía cuáles eran las intenciones del abuelo, que usted era heredero e igualmente que si usted renunciaba a su parte me ocasionaba un grave perjuicio.

—Usted es muy lista, señorita Keep, pero ya que se pone en ese plan, le diré que retiro mi renuncia. Cobraré la mitad del rancho, aunque sólo sea para mermar sus ingresos.

—Gracias, señor Kennedy. Ahora es cuando usted se muestra en su verdadera condición.

—Ya que nos hemos puesto de acuerdo, usted sabe dónde me tiene. Venda y envíeme mi parte.

Joe se pasó la mano por la frente.

—Tampoco se puede hacer eso.

—¿Qué es lo que quiere usted, señorita Keep?

—No se trata de lo que yo quiera, señor Kennedy, sino de las condiciones que impuso el abuelo.

—¿De modo que me falta saber algo?

—Sí.

—¿Y es el final?

—Sí.

—Suéltelo.

—Usted y yo tenemos que permanecer en el rancho de Los Tres Búfalos durante un mes.

—¡No!

—Al cabo de esas cuatro semanas, y siempre de acuerdo con el testamento del abuelo, seremos libres para vender el rancho al mejor postor. Cada uno de nosotros cobrará la mitad del precio y se habrá acabado la historia.

—Debe haber algún error.

—No, señor Kennedy.

—Admito que el viejo zorro era muy bromista, pero me parece que en este caso se trata de algo más que una broma.

La joven abrió su bolso y extrajo un papel enrollado que alargó a

Joe.

—Aquí tiene. Léalo usted mismo. Está firmado por el juez William Smith de Denver y por dos testigos. También ha pasado por el Registro de Últimas Voluntades de Denver, y por último, fue revisado por el fiscal del condado. Es absolutamente legal. Vamos, cójalo. ¿O es que no sabe leer?

Kennedy alargó la mano y alcanzó el documento, el cual desenrolló ante sus ojos. Durante un rato leyó su contenido, comprobando que todo lo que le había dicho la señorita Keep era cierto.

Finalmente volvió a enrollar el legajo, devolviéndoselo a la joven.

—Yo era un buen amigo de su abuelo, señorita Keep. Lo crea usted o no, lo apreciaba mucho. Pero me considero afortunado con lo que tengo.

—¿Con lo que tiene? —sonrió la joven—. Usted no tiene nada.

Joe entrecerró los ojos, recordando la escena en la habitación del bar de Potter.

—Lo sabe muy bien, señorita Keep.

La joven enrojeció súbitamente.

—Usted y yo estamos comprometidos en un negocio. Sólo eso; un negocio. Iremos a Denver y viviremos durante un mes en la misma casa. Por fortuna, el edificio tiene dos alas. Yo he elegido para mí la derecha y, naturalmente, usted estará a la izquierda.

—No iré a ninguna parte.

—No está hablando en serio.

—Usted necesita el dinero para continuar dándoselas de señorita importante en Boston. Me imagino que, en las actuales circunstancias, lo único que pretende usted es un marido rico.

El comandante golpeó la mesa con el puño cerrado.

—¿Quiere frenar sus ímpetus, señor Kennedy? Le advierto que, teniendo en cuenta el lugar donde nos hallamos, haré uso de mi autoridad. Le recuerdo igualmente que de aquí puede ir derecho al calabozo.

La joven sonrió.

—Déjelo, comandante. Después de todo, me tienen sin cuidado los desahogos de un cazador de búfalos.

Kennedy se pasó el dorso de la mano por la boca, sin dejar de

mirar a la joven.

—No iré a Denver, señorita Keep.

—De modo que usted consiente en que Maxwell Armstrong entre en posesión de Los Tres Búfalos.

—Exactamente, señorita. Me tiene sin cuidado.

—Y usted mismo ha reconocido que está al corriente de lo de Maxwell Armstrong, de que era enemigo de mi abuelo.

—Lo sé.

La joven se cogió la falda a la altura de la rodilla.

—Sin embargo, me temo que usted desconoce algo que ocurrió hace cuatro meses. Sé que usted vio a mi abuelo la primavera pasada y que, por lo tanto, él no se lo ha podido contar, porque me imagino que no le escribía:

—No; Harry no me escribía. Quedábamos citados aquí de un año para otro. ¿A qué se refiere, señorita Keep?

—Maxwell precipitó la muerte del abuelo.

—Acláreme eso.

—No es que quiera culpar a Maxwell Armstrong de la muerte de Harry Keep; pero, al comienzo del invierno, un buen día Maxwell y mi abuelo se encontraron en el pueblo. Discutieron acerca de un litigio que tenían pendiente, y de pronto Maxwell pegó un puñetazo a Harry. El abuelo se levantó furioso y sacó el revólver, pero entonces el señor Armstrong se lo voló de la mano de un balazo y le dijo que no lo mataba porque tenía compasión de él. El abuelo se vio impotente y, según me han contado los testigos, creo que se marchó de allí llorando.

Los ojos de la joven observaron cómo el rostro de Joe se endurecía.

—¿Qué tuvo que ver eso con la muerte de Harry?

—Aquella pelea produjo una gran impresión en mi abuelo. En cuanto llegó a casa se acostó. Empezó a tener fiebre y al día siguiente lo vio el médico. Desde entonces el abuelo ya no se levantó más. El doctor McGragh aseguró que el abuelo no sentía ya ningún deseo de vivir. No podía decir qué clase de enfermedad tenía; aunque luego, dos semanas antes de que falleciese, Harry empezó a sentir fuertes dolores en el pecho.

Se hizo otro silencio, y luego la voz de la joven dijo:

—Puede hacer lo que quiera, señor Kennedy. Es usted libre de

tomar una determinación. No debe preocuparse por mí. Con dinero o sin él, yo me casaré en Boston, y le puedo asegurar que mi prometido es rico. Es cierto que yo he venido hasta aquí en su busca, pero usted se ha equivocado con respecto a mí. Naturalmente, el dinero es una cosa importante en la vida, pero como le acabo de decir, a mí no me hace falta. Yo he cumplido las condiciones de mi abuelo porque no quise consentir a ningún precio que Maxwell Armstrong fuese el dueño de Los Tres Búfalos. He hecho un largo viaje, le he buscado a usted personalmente sin importarme lo que me pudiera ocurrir adentrándome en ese… en el bar de Potter, donde me imaginaba no iba a ser tratada precisamente como una señorita. Ya le he dicho que tampoco me interesa el rancho. Mi idea ha sido cumplir todas las condiciones del testamento y esperar el transcurso de un mes para vender Los Tres Búfalos a un comprador, que naturalmente no sea Maxwell Armstrong.

Leonore inspiró profundamente dando un suspiro.

—Pero usted opina de muy distinta forma a mí, señor Kennedy. A usted no le importa, como ha dicho antes, que Maxwell Armstrong reciba el regalo de Los Tres Búfalos. Después de todo, no puedo obligarle a que vaya a Denver. No es lógico que usted sacrifique cuatro semanas de su tiempo para impedir que el mayor enemigo de Harry Keep, el hombre que lo golpeó y que casi lo llevó a la tumba, sea dueño de Los Tres Búfalos.

Joe se pasó una mano por el cabello.

La joven desvió los ojos hacia el comandante, sonriendo.

—Ha sido usted muy amable, comandante Rainier.

—¡Oh, señorita Keep, le aseguro que ha sido un placer! ¿Va usted a irse ya?

—Sí, comandante. Nada tengo que hacer aquí después del fracaso de mi misión. Quiero regresar cuanto antes a Denver, pero allí sólo me detendré el tiempo necesario para comunicar al juez Smith la imposibilidad de aceptar la herencia de mi abuelo. Adiós, comandante.

La joven se puso en pie y Rainier lo hizo también, tendiéndole la mano.

—Ya sabe que siempre me tiene a su disposición en Fort Laramie, señorita Keep.

La joven sonrió otra vez y, pasando junto a Kennedy, se dirigió a la puerta.

—Espere, señorita Keep —dijo Joe.

La joven se volvió haciendo un mohín.

—¿Decía algo, señor Kennedy?

Joe miró los hermosos ojos negros.

—Estoy dispuesto a ir a Denver.

—¡Vaya, señor Kennedy…! ¡Esto sí que es una sorpresa!

—Pero recuérdelo. En cuanto transcurra el mes, venderemos el rancho a alguien que no sea Maxwell Armstrong y dividiremos el dinero.

—Estoy completamente de acuerdo, señor Kennedy.

—Yo también lo estoy en eso de que dividamos la casa en dos mitades, mientras vayamos a vivir juntos esas cuatro semanas.

—Desde luego, señor Kennedy.

—En cuanto al viaje allá, le agradecería que mantuviese el pico cerrado.

—Yo hubiese hecho mía esa sugerencia, señor Kennedy, pero afortunadamente no va a ser necesario. El abuelo, por fortuna, no impuso la condición de que fuésemos juntos, y hay una diligencia que parte dentro de media hora para Den —ver. Yo iré en ese coche, y me imagino que usted querrá hacer el viaje sobre su caballo.

—Sí, señorita Keep. Lo haré en mi silla.

—¿Ve usted qué sencillo? —La joven sonrió irónicamente—. No hay necesidad de que usted se obligue a escuchar mi voz. —Leonore se volvió hacia el militar—. Buenas noches, comandante.

Seguidamente, Leonore abrió la puerta y salió cerrando tras de sí.

El comandante Rainier carraspeó suavemente.

—Una bonita muchacha.

Kennedy lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿A quién se refiere, comandante?

Rainier lo miró un poco asombrado.

—¿Con quién ha estado hablando, Kennedy…? Y naturalmente, no me refiero a mí.

Joe miró la puerta y, frotándose la mejilla con el dorso de la mano, dijo:

—Con una mujer que sólo piensa en su propio interés; y, francamente, esa clase de mujeres nunca han sido de mi gusto, por muy estupenda que sea su fachada. Hasta la vista, comandante.

CAPÍTULO IV

—¡Eh, Tommy! ¿Quién es ese tipo?

Tommy Lee miró en la dirección que Bund Thomson le indicaba, y vio avanzar a lo lejos a un extraño jinete, un tipo que se vestía con una chaqueta de piel de búfalo.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Jerry Cornell, otro de los *cowboys* del rancho—. Ése debe ser Kennedy, el nuevo patrón.

Tommy Lee se echó a reír.

—Que me emplumen… Creo que vamos a pasar un rato divertido. Anda, Jerry, avisa a los demás.

Los tres *cowboys* se hallaban junto al porche de la casa.

Jerry hizo un gesto afirmativo y se largó corriendo hacia el dormitorio para avisar a sus compañeros.

Joe Kennedy había detenido su montura, observando las verdes colinas que había a lo lejos y los corrales de la derecha.

Ahora sacó despaciosamente una bolsa de tabaco y se puso a liar un cigarrillo. Mientras arrojaba dos chorros de humo por la nariz, miró la casa con más detenimiento. Parecía arrancada de uno de aquellos cuadros que él había visto en Kansas City muchos años atrás, y en que se representaban los hogares de los caballeros del sur. ¡Infiernos, no estaba mal aquello…!

De pronto se dio cuenta de que muchos hombres estaban convergiendo ante el porche. Todos ellos detenían sus ojos en un mismo lugar; justamente en donde él se encontraba ahora.

Movió las bridas de su corcel, y éste se acercó al trote hacia el grupo de *cowboys*.

—Buenos días, muchachos —saludó sonriendo jovialmente.

Nadie le contestó al pronto, y el que lo hizo no tenía intención de corresponderle.

—Oiga, míster: no compramos grasa.

La ocurrencia fue celebrada por los otros *cowboys* con suaves risitas.

Kennedy se miró la chaqueta de piel de búfalo, en donde las manchas de sebo brillaban al sol.

Sus labios continuaron sonriendo, mientras decía:

—Me imagino que ustedes no me conocen.

—Yo sí —dijo otro *cowboy*—. Usted es Buffalo Bill en persona.

Los hombres rieron otra vez, y ahora un poco más fuerte, y en eso un tercer *cowboy* dijo:

—¿No es ese tipo el que se come a los indios crudos?

Kennedy denegó con la cabeza, aunque seguía sonriendo.

—No, chicos; no soy Buffalo Bill, aunque él fue un gran amigo mío.

—¡Caramba! —exclamó Tommy—. ¿Lo habéis oído? Fue amigo de Buffalo Bill. Seguro que se le ha contagiado algo de él.

—De eso no hay duda —repuso Jerry Cornell—. ¿Es que no le estás viendo, Tommy? Apuesto a que Buffalo Bill le regaló el traje con que se estuvo revolcando por la pradera.

Joe pasó la pierna por el cuello del animal y se dejó caer en tierra. Llevóse el cigarrillo a los labios, e inspiró profundamente, mientras recorría con la mirada las caras que tenía delante.

—Así que ustedes no me conocen —repitió.

Bud Thomson puso los brazos en jarras.

—No le conocemos; ¿o acaso es usted el predicador que nos anunciaron el otro día en la ciudad?

La salida de Thomson provocó sonoras carcajadas.

Kennedy volvió a menear la cabeza en sentido negativo.

—No, no soy ese predicador. Y, tal como están las cosas, estoy viendo que no tendré más remedio que presentarme yo mismo.

—Muy bien —dijo Thomson—. Hágalo.

Kennedy cogió el cigarrillo con los dos dedos y lo arrojó lejos de sí, a unas tres yardas. Sus labios sonreían más afectuosamente que nunca.

De pronto lanzó su puño derecho contra la cara de Thomson. Sonó un terrible chasquido y el vapuleado *cowboy* salió disparado como un obús, arrastrando tras de sí a cuatro de sus compañeros.

Kennedy no se tomó un segundo de descanso, sino que,

dejándose arrastrar por el impulso de su primer golpe, sacudió otro puñetazo con la zurda. Esta vez fue el rostro de Jerry Cornell el que recibió el golpe, y el gordo de Jerry arrastró otros dos hombres en su caída.

—¡A por él, muchachos! —gritó Tommy Lee.

Pero él no pudo ir a ninguna parte, porque en ese instante, los nudillos de Joe percutieron contra su sien y allí acabó la pelea para él, porque se desplomó en el polvo y después de dar dos volteretas quedó inerte.

Tres hombres se lanzaron a un tiempo sobre Kennedy.

Joe frenó en seco al primero, golpeándolo en el estómago, al segundo con un golpe en el hígado y el tercero con un puntapié al riñón. Los tres se quedaron boqueantes a una misma altura, desorbitando los ojos. Luego el forastero remató su faena con un formidable puñetazo, propinado al último de ellos, de forma que éste, en su caída, se llevó tras de sí a los otros dos.

Joe respiró profundamente y vio que cinco hombres estaban dispuestos a abalanzarse sobre él. Ahora no hubiesen bastado sus puños para detenerlos.

Cuando los tuvo más cerca, se lanzó contra ellos, poniéndose horizontal en el aire. Su cabeza, su espalda y sus piernas golpearon contra los cinco hombres y todos ellos se abatieron otra vez en tierra, lanzando aullidos de dolor.

Finalmente Kennedy rodó también por el polvo, pero fue el primero en ponerse en pie.

Vio que la mayoría de los *cowboys* estaban en el suelo, lanzando ayes de dolor; pero hubo tres o cuatro que empezaron a incorporarse, aunque les costase un poco de trabajo.

Acercóse rápidamente a ellos y distribuyó equitativamente media docena de puñetazos.

El aire se llenó de chasquidos y maldiciones.

Kennedy se detuvo cuando observó que ninguno de los hombres, a su alrededor, se decidía a ponerse en pie, aunque hubiese alguno que ya estaba en condiciones de hacerlo.

La sangre corría por las comisuras de las bocas, por las narices o por las pequeñas grietas que los nudillos de Kennedy habían producido en la carne de los *cowboys*. Había alguno que tenía un ojo negro, el labio partido, o la oreja enrojecida como si acabase de

salir del horno.

—Bien, chicos —dijo el recién llegado—. Mi nombre es Joe Kennedy, y allí de donde vengo, tenemos por costumbre organizar una fiesta como ésta al menos una vez por semana.

Luego subió al porche, donde descubrió a un negro que estaba junto a la puerta, mirando la escena con ojos muy abiertos.

—Es usted el mismísimo demonio, señor Kennedy —dijo el negro—. No había ocurrido una cosa como ésta, desde que se volvió loca una de nuestras yeguas.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Joe.

—Epifanio, señor.

—Muy bien, chico; yo te bautizo de nuevo. Te llamarás Epi.

—Gracias, señor; es usted muy amable.

—Tengo buen apetito, Epi, y sería capaz de comerme una res entera. ¿Qué te parece si me preparas algo a que hincar el diente? ¡Ah! Luego necesitaré dormir.

—Sí, señor, venga usted conmigo.

Kennedy pasó con el criado al interior de la casa.

Los *cowboys* empezaron a levantarse entonces, y miráronse unos a otros, perplejos.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Jerry—. ¿Qué clase de tipo es ése?

Bud Thomson meneó la cabeza de arriba abajo, diciendo:

—Alguien a quien yo no volveré a gastar ninguna broma. Te lo puedo jurar, muchacho.

Los vaqueros se dirigieron a los dormitorios; y la mayoría de ellos lo hacían tocándose la cara o los riñones, porque la fiesta a la que habían sido invitados por Joe Kennedy había resultado demasiado fatigosa para ellos.

CAPÍTULO V

—Kennedy había dormido por espacio de cuatro horas y se encontraba ante el lavabo, echándose agua por la cara, cuando llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Kafka, señor.

—¿Cómo has dicho?

—Uno de los vaqueros.

—Está bien, pasa, muchacho —dijo Kennedy, cogiendo una toalla.

La puerta se abrió dando paso a un hombre de unos treinta años de edad, rechoncho, de estatura regular, ojos un poco oblicuos y cara de facciones simpáticas.

Sus labios sonrieron, mientras miraba a Joe.

—Soy Leddy Kafka, señor Kennedy.

—Ya; y tú vienes ahora enviado por los demás para seguir tomándome el pelo.

Kennedy terminó de secarse y dejó la toalla en su sitio.

—Lo siento, pero los muchachos se pusieron un poco pesados.

—No se lo tome en cuenta. Son buenos chicos, ¿sabe, señor Kennedy? Lo único que pasa es que el abuelo nos había hablado mucho de usted.

—¿Sí?

—Había contado de qué forma peleaba y de qué modo utilizaba el revólver.

—El viejo zorro era demasiado hablador —comentó Joe mientras se ponía la camisa.

—A usted le conocen en casi toda la comarca. Harry no hubiese querido más a un hijo.

Kennedy sacudió la cabeza.

—Yo también lo apreciaba mucho.

Hubo una pausa y luego Kafka dijo:

—Todos creímos que usted vendría con la señorita Keep.

Joe contestó, mientras se abotonaba la camisa:

—La señorita Keep y yo hemos descubierto que tenemos muy pocos puntos en contacto, así que decidimos mantenernos todo lo alejados que pudiésemos.

—¿De modo que se pelearon?

Kafka frunció el ceño.

—Puedes considerarlo así.

El vaquero se puso muy serio e hizo chasquear la lengua.

—Entonces no hay esperanzas.

—¿Esperanzas de qué, Leddy?

—De que el rancho no pase a manos de Maxwell Armstrong.

—No tienes que preocuparte por eso, Leddy. La señorita Keep y yo estamos dispuestos a vender el rancho dentro de un mes, a contar desde el momento en que ella llegue, tal como el testamento establece. Maxwell Armstrong no será el dueño del rancho.

—Sí lo será.

—¿Cómo he de decirte que no? Sé perfectamente lo que Armstrong era para Harry Keep, y por nada del mundo consentiría que él nos comprase la hacienda.

—Pero olvida usted algo muy importante.

—¿Qué, Leddy?

—Armstrong se valdrá de una tercera persona para comprar Los Tres Búfalos.

—Ya te comprendo. De todas formas, evitaremos eso.

—¿Cómo?

—Vendiendo a alguien cuya identidad nos conste, que sepamos que es honrado.

—Nadie querrá comprar el rancho en las actuales circunstancias, a menos que sea Maxwell Armstrong o un testaferro suyo.

—¿Qué circunstancias son ésas?

—Maxwell Armstrong está tan al corriente como usted del testamento del viejo. Conoce a la señorita Keep, y por lo tanto, también sabe que ella está dispuesta a vender. Ha supuesto igualmente que también vendería el otro heredero, o sea, usted.

—Pues ha acertado en todo.

—Ahí lo tiene, señor Kennedy, Maxwell Armstrong ha estado preparando el terreno desde hace una semana.

—¿Qué es lo que ha hecho?

—Asegurarse que no habrá nadie que esté dispuesto a comprar Los Tres Búfalos. Por ejemplo, hace cinco días tomó posesión de los pozos de Valle Hondo. Se presentó allí con una docena de hombres, y allí está.

—¿A quién pertenecen los pozos del Valle Hondo?

—A nosotros, naturalmente.

—¿Qué hicisteis vosotros para impedir que él tomase posesión de este lugar?

Kafka se mojó los labios con la lengua, observando la punta de sus botas.

—Naturalmente, los muchachos no han querido pelear contra alguien que, después de todo, va a ser el patrón dentro de un mes.

—Muy razonable.

Kafka alzó los ojos, asombrado.

—¿Da usted la conformidad, señor Kennedy?

Joe se puso la chaqueta de piel de búfalo, e hizo una señal con la cabeza a Kafka.

—Anda, ven conmigo.

Salieron de la casa al porche y Kennedy miró hacia el dormitorio, a cuya puerta había varios *cowboys* jugando a la herradura.

—¿No tienen otra cosa que hacer?

—Desde que se fue la señorita Keep los rebaños están en las cercanías de la casa, y para cuidarlos basta con media docena de hombres.

—¿Cuántos *cowboys* hay en total?

—Catorce.

—Está bien, Kafka. Quiero ver aquí, antes de un minuto, a todos los que no están cuidando el rebaño.

Leddy Kafka se puso a parpadear; y luego sonrió.

—Ahora mismo, señor Kennedy.

Joe se sentó en la baranda. Permaneció un rato pensativo, pellizcándose el labio inferior. Finalmente oyó un murmullo de voces a sus espaldas, y cuando volvió la cabeza, vio acercarse desde

el dormitorio a un grupo de *cowboys*.

—Bien, señor Kennedy —dijo Kafka—. Aquí los tiene.

Joe observó con ojos entrecerrados las caras de los *cowboys*. En algunas de ellas descubrió las huellas, de sus puños.

—Bien, muchachos. En primer lugar, quiero disculparme. Sentiría haber causado daño a alguien. —Se rascó la barbilla, mientras agregaba—: Pero debéis reconocer que un hombre no puede tolerar ciertas cosas.

Hubo un silencio, y luego Joe añadió:

—Vamos a ir a los pozos del Valle Hondo.

Las bocas se abrieron y enarcáronse las cejas.

Joe esperó unos segundos a que alguno de los *cowboys* se cerciorase de que había oído bien.

Luego se dirigió a Kafka:

—¿Qué distancia hay de aquí al Valle hondo?

—Cuatro millas.

—Muy bien. Iremos al Valle Hondo y yo rogaré con buenas palabras a los caballeros que se encuentran en aquel lugar que se retiren más allá de la divisoria de nuestro rancho. Eso es todo, muchachos. ¡A los caballos!

Ninguno de los *cowboys* se novio; ni siquiera Leddy Kafka.

Kennedy había echado a andar para bajar del porche, y de pronto se detuvo, mirando a Kafka.

—¿Qué pasa?

—¿Dice en serio eso de las buenas maneras?

—Claro que sí, Leddy. En este mundo ha de pedirse todo con educación. Es lo más importante. Vamos, no nos retrasemos más. Apenas quedan cuatro horas de sol.

Algunos de los *cowboys* gruñeron por lo bajo, pero finalmente, todos se dirigieron a por sus caballos.

Minutos más tarde, el grupo se dirigía al Valle Hondo.

Desde lo alto de una colina, Leddy Kafka señaló los pozos, que aparecían custodiados por una docena de hombres.

—Ahí los tiene, señor Kennedy.

Joe observó que un poco más allá había otra colina que rodeaba semicircularmente el abrevadero natural de las reses.

—Oye, Leddy.

—Diga, señor Kennedy.

—Divide a los muchachos en dos grupos. Tú irás con uno de ellos hacia la parte del sur; y el otro al oeste, por el farallón que veo a la izquierda.

—¿Usted irá con ese grupo?

—No, Leddy; yo voy solo. No tenéis que aparecer mientras no oigáis un estampido.

Luego Kennedy, sin decir nada más, espoleó su cabalgadura y partió hacia los pozos.

Leddy Kafka se quedó perplejo, observando su marcha.

Una voz dijo a su espalda:

—Ese tipo está loco de atar.

Leddy volvió la cabeza hacia el que había hablado.

—Si te vuelvo a oír decir eso te la ganas, Mark. Estoy dispuesto a jugarme la cabeza a que Kennedy sabe lo que se hace. Ahora vamos a lo nuestro. Mientras tanto, Joe se acercaba a los pozos. De pronto, un hombre le dio el alto.

—¡Eh, usted! No se acerque más.

Kennedy tiró de las bridas, observando al individuo que estaba detrás de una piedra, apuntándole con el rifle.

—Quisiera dar de beber a mi caballo.

El otro titubeó unos instantes, pero por último dijo:

—Está bien. Vaya a la orilla y dele de beber.

—Supongo que yo también lo podré hacer.

—Claro que sí. Usted también puede.

—Es usted muy generoso —dijo Kennedy, y dirigió su montura hacia la orilla del pozo.

Otro hombre apareció por detrás del tronco de una encina y un tercero se movió por entre las piedras del otro lado del remanso.

Kennedy descabalgó de la silla y se tendió de bruces para beber. Su caballo también bebió.

Joe fue a alzarse y vio reflejada en el agua la figura de un tipo que estaba a sus espaldas, el cual tenía un revólver en la mano.

El joven se incorporó y observó con una sonrisa al tipo.

—Es fresca y buena —dijo, pasándose el dorso de la mano por la boca.

—Celebro que le guste —dijo el hombre—, porque le va a costar su dinero.

—¿Cómo?

—Pagará dos dólares.
—¿Dos dólares?
—Un dólar por animal; y ustedes son dos. —El fulano torció la boca sonriendo, mientras señalaba al caballo y a Kennedy.
Joe observó bien al tipo. Tendría alrededor de treinta años de edad y era de cabello rojizo, cara llena de pecas y bigote espeso que casi le cubría la boca.
—¿No le parece un poco caro, míster?
—Puede considerarse como un hombre afortunado.
—¿Sí?
—Esta mañana pasó un viajero al que le cobramos cinco dólares, y sólo tenía un caballo, como usted.
—¿Por qué me hacen la rebaja?
—Porque usted tiene la pinta de ser un desgraciado.
—¿Y si fuese tan desgraciado que no llevase los dos dólares?
—Entonces tendrá que vomitar el agua…, por la boca o por los agujeros que le vamos a hacer en la barriga.
Kennedy descubrió a otros dos hombres que habían estado tendidos a la sombra junto a unos arbustos, y que ahora se estaban incorporando con el rifle en la mano.
Miró otra vez al pelirrojo e hizo chasquear la lengua.
—Muy bien. Estoy conforme con pagar los dos dólares.
El pelirrojo rió.
—Ya les dije a mis amigos que usted tenía cara de ser un tipo muy juicioso.
Kennedy también sonrió, mientras decía:
—Pero antes tendrán ustedes que demostrarme que son los dueños de esta agua.
El pelirrojo empezó a ponerse serio.
—¿Qué dice?
—Creo que es la mar de sencillo. Ustedes acreditan que son los dueños del pozo y yo les sacudo los dos machacantes, monto en mi caballo y me largo.
—No sea estúpido, muchacho. Nosotros somos los dueños del agua.
—¿Cómo lo sé yo?
El pelirrojo parpadeó.
—¿Que cómo lo sabe? Porque estamos aquí, porque leñemos

armas en la mano, porque somos doce y usted uno solo. ¿Quiere más razones?

—Falta la más importante.

—¿Cuál?

—La escritura que demuestre que el pozo es de ustedes.

—Oiga, míster: ¿Quiere complicarse la vida? Sea buen muchacho y arroje los dos dólares sin rechistar. Le conviene a usted. He visto morir a más de un tipo porque había resultado un tozudo. Usted está en la flor de la vida, muchacho.

—No hay dólares.

El pelirrojo convirtió los ojos en rendijas y luego apretó los dientes.

—Se la está ganando, compadre. ¿O es que está rematadamente chiflado? ¿No me ve con el revólver en la mano?

—Mire la mía —dijo Kennedy.

El pelirrojo bajó instintivamente los ojos y Joe, raudo como una centella, desenfundó el revólver e hizo un disparo.

Fue algo meteórico y nuca visto.

El «Colt» voló de la diestra del hombre que quería cobrar los dos dólares.

Joe observó por el rabillo del ojo, que dos tipos empezaban a levantar el rifle, e hizo otros dos disparos.

Uno de los centinelas lanzó un grito llevándose la mano al hombro, donde había recibido el impacto, y se derrumbó de rodillas en la hierba.

El otro dejó caer el rifle al suelo y se miró la mano, que había sido atravesada por una bala.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó Kennedy.

Justo en ese instante se oyó el fuerte ruido de una galopada, y por el sur y por el oeste avanzaron los dos grupos de jinetes del rancho Los Tres Búfalos.

Inmediatamente, los hombres de Maxwell Armstrong dejaron caer las armas al suelo, entregándose.

Kennedy dejó oír su voz:

—¡Traedlos aquí a todos!

Los doce hombres fueron reunidos en poco tiempo. Los que habían sido heridos fueron vendados provisionalmente por sus propios compañeros.

Kafka observaba admirativamente a Joe, quien, después de tomarse un descanso, habló de nuevo, dirigiéndose al sorprendido grupo de Armstrong.

—Estas tierras, y por lo tanto, los pozos del Valle Hondo, pertenecen al rancho Los Tres Búfalos. No tenéis nada que hacer aquí, muchachos. Yo sólo advierto las cosas una vez. A partir de ahora os vais a mantener alejados de este lugar. Me imagino que sabéis perfectamente cuál es la divisoria entre el rancho de Armstrong y el nuestro. —Hizo una nueva pausa, imprimiendo más dureza a sus palabras—. No la crucéis si queréis seguir viviendo. Es un consejo de amigo… ¡Ahora, largaos!

Los doce hombres fueron por detrás de la encina hacia el lugar donde habían dejado sus caballos. Poco después galopaban en dirección oeste.

Leddy Kafka se echó a reír.

—¡Que me maten…! He dormido toda una semana con pesadillas; y era justamente esto lo que me quitaba el sueño. Apuesto a que esta noche duermo de un tirón como los propios ángeles.

Sonrió a Kennedy, el cual, después de carraspear, habló con voz suficientemente alta para ser oído por todos:

—A partir de ahora, las faenas en el rancho se harán como cuando se realizaban en vida de Harry Keep. Se traerá aquí el ganado a abrevar y se le llevará a los pastos que necesite para su engorde.

Guardó un silencio, sintiéndose observado respetuosamente por los hombres, y luego agregó:

—Eso es todo, muchachos. Nos vamos a casa.

Leddy Kafka respiró profundamente, cerrando los ojos, y cuando los abrió de nuevo, lanzó un chillido al aire y espoleó su caballo hacia adelante, precediendo al grupo en su regreso al rancho.

CAPÍTULO VI

Leddy Kafka vio llegar a la señorita Keep en el tílburi del doctor McGragh, y corrió a ayudarla a descender del carruaje.

—Bien venida, señorita Keep.

—Gracias, Leddy —dijo la joven cuando puso pie en tierra.

El doctor McGragh era un hombre de unos cincuenta años, de cabello canoso y cejas muy espesas.

—Si te hago falta para alguna cosa no vaciles en acudir a mi casa, Leonore —dijo mientras entregaba a Leddy una valija.

—Gracias, doctor —repuso Leonore—. Espero que estas cuatro semanas transcurran sin ninguna dificultad.

El doctor fustigó el caballo y el carruaje partió alejándose.

La joven se volvió hacia Kafka.

—Me prometiste antes de partir que no habría complicaciones, Leddy.

—No las ha habido, señorita Keep.

—El doctor me ha hablado de un incidente que surgió entre vosotros y los hombres de Maxwell Armstrong, y eso ocurrió ayer.

—Sí, señorita. El doctor no la ha engañado, pero ahora todo está claro.

—Fue una estupidez. Ya me han dicho que el autor de ella fue el señor Kennedy.

—El señor Kennedy les dio una lección a los hombres de Maxwell.

—Te equivocas al apreciarlo así, Leddy. El señor Kennedy es un bravucón y sólo ha querido demostrar que es muy listo. El sabe perfectamente que dentro de un mes venderemos el rancho. ¿Por qué ha de poner en peligro vuestras vidas? ¿Qué pasaría si alguno de vosotros muriese? Ahora mismo pienso hablar con él. ¿Dónde

está?

—Con el ganado.

—Sí, señorita —sonrió Leddy—. Esta mañana muy temprano se fue con una punta. Me imagino que no regresará hasta la noche. Ése es el hombre que necesitábamos en el rancho, señorita Keep. Se lo aseguro yo, que conozco bien a esos tipos.

—Creo que sientes excesivo entusiasmo, Leddy. Anda, vamos a casa. Cuando vuelva el señor Kennedy, le dices que quiero hablar con él.

Pero tal como había anunciado Leddy, Joe no regresó hasta que la oscuridad comenzó a reinar sobre la tierra.

Leddy lo esperaba en el porche.

—Hay una sorpresa para usted, patrón.

—Apuesto a que son las croquetas de que Epi me habló.

—Seguro que sí, señor Kennedy. Ande, vaya al comedor. Epi debe haber preparado ya la mesa.

—Ven conmigo. Sé que te gustan mucho también a ti.

—Gracias, patrón, pero ya he comido —mintió Leddy.

—Está bien; como quieras.

Kennedy echó a andar hacia la puerta, pero de pronto se detuvo.

—A propósito, Leddy. He visto derribado el alambre espinoso de la divisoria del norte, y ya me han dicho que también por ahí limitamos con Maxwell.

—¿Han hecho mucho estropicio?

—Unas dos millas. Mañana al amanecer hay que ir allí para dejarlo todo arreglado.

—Lo volverán a derribar.

—Quizá no lo hagan.

—¿Qué va a hacer para impedirlo, señor Kennedy?

Joe permaneció pensativo unos instantes y luego dijo:

—Ya se me ocurrirá algo. Anda, vete a dormir, que hemos de madrugar mañana.

El joven penetró en la casa encaminándose inmediatamente al comedor. Ahora ya no se cubría con su vestimenta de piel de búfalo, sino con una camisa y unos zahones de *cowboy* que Leddy le había conseguido.

Apenas irrumpió en la habitación, se detuvo al ver a la cabecera de la mesa a Leonore Keep.

La joven alzó los ojos del plato de sopa que tenía ante sí.

—Buenas noches —dijo Joe.

—Buenas noches —respondió ella; y en seguida agregó—: Por la cara que pone, parece como si hubiera alimentado la esperanza de que yo nunca llegase al rancho.

—Estaba preparada para una sorpresa. Pensé que teníamos croquetas para cenar; y en su lugar me encuentro con usted.

—Ya. Usted prefiere las croquetas.

—Si he de serle sincero, sí.

La joven se mordió el labio inferior con fuerza.

—Yo también sentí una esperanza mientras venía de Fort Laramie.

—¡Vaya!

—Pensé que usted, fuera de su ambiente, se civilizaría; pero ya veo que era pedir demasiado.

—Muy irónica, señorita Keep. Ahora, si me lo permite, me retiraré.

—Creí que se disponía a cenar.

—Perdí el apetito de pronto.

—Muy sarcástico, señor Kennedy.

Joe dio un suspiro.

—Ahora que estamos empapados, ¿le queda algo por decir?

—No pienso permitir una guerra.

—¿Cómo dice?

—No provoque a Maxwell Armstrong.

El joven sonrió.

—Oiga, ¿sabe que eso es muy divertido? Al parecer, usted no ha sido bien informada. ¿O acaso le ha hablado el propio Maxwell? Los hombres de Armstrong se habían apoderado de los pozos del Valle Hondo. Nosotros fuimos allí a recuperar lo que era nuestro.

—Se preocupa usted demasiado, señor Kennedy.

—¿Usted cree?

—Debo recordarle que ya he llegado al rancho de Los Tres Búfalos, y que, por lo tanto, a partir de hoy empezará a transcurrir el mes que mi abuelo impuso como condición para que nosotros pudiésemos vender. Usted no puede jugar con las vidas de los muchachos, por satisfacer su amor propio.

—Así que, según usted, hemos de permanecer pasivos ante todo.

—Exactamente. Sólo tenemos que esperar que transcurran las cuatro semanas; luego venderemos. Cada uno tendrá su dinero, y yo le perderé a usted de vista —la joven hizo una pausa, mirando fijamente a los ojos de Joe—. ¿Me va a decir que ha cambiado de opinión con respecto al acuerdo que adoptamos en Fort Laramie?

—No, señorita Keep. No he variado de opinión. Yo también quiero volver a mi antigua vida cuanto antes.

—Celebro que coincidamos… por segunda vez —sonrió ella.

—No se precipite, señorita Keep. Todavía no había terminado.

—¿Qué le falta por agregar?

—Aunque vayamos a vender el rancho dentro de un mes, no consentiré que nadie pisotee mis derechos.

—¿Sus derechos?

—Sí, señorita Keep. Me pertenece la mitad de este rancho, y mientras yo sea dueño de esa parte, no consentiré que Maxwell Armstrong o cualquier otra persona se meta en mi terreno.

Los ojos de ella brillaron coléricos.

—Es lo que dije antes. Su orgullo.

—Se equivoca, señorita Keep. Yo no siento orgullo. Si pretendo defender lo que es mío, no es por mantener el tipo para que todo el mundo sepa lo grande que soy. Después de todo, me voy a largar de aquí muy pronto.

—¿Qué es entonces?

—Soy de las personas que han poseído muy poco, señorita Keep. Pero he sabido defender siempre lo que me ha pertenecido. Vivimos en un mundo donde constantemente somos acosados por gentes sin escrúpulos, que se creen dueños de todo y que no vacilan en apoderarse de lo que está a su alcance, aunque para ello tengan que herir o matar. Usted viene de Boston, señorita Keep. Ha vivido muy poco tiempo en el Oeste. En esta parte del país, a cada minuto, a cada segundo, se está ventilando una fiera lucha por la existencia. Aquí tiene el ejemplo vivo de Maxwell Armstrong que, por el procedimiento que sea, está dispuesto a ser dueño del rancho Los Tres Búfalos. Se apoderó de los pozos de Valle Hondo, con el objeto de coaccionar a todos los ciudadanos de esta comarca para que no compren nuestro rancho. Leddy me explicó que Maxwell tiene intención de comprar, por sí, o utilizando un testaferro. Yo no puedo olvidar en ningún momento que su abuelo Harry no ha

tenido nunca intención de que Maxwell sea el dueño de su rancho, a pesar de que lo ha señalado como tercer heredero. Eso es todo, señorita Keep.

Inmediatamente, Joe giró sobre sus talones y salió de la habitación dando un gran portazo.

Al dirigirse hacia la escalera para subir a su habitación se encontró con el negro, el cual llevaba en sus manos una fuente cubierta.

—Señor Kennedy —sonrió el criado—. Son las croquetas.

—Comeré en mi habitación, Epi. Pero sirve primero a la señorita.

—Sí, señor.

El joven llegó a su cuarto y se quedó a torso desnudo. Se lavó la cara y las manos.

A poco entró Epi, portando una bandeja en la que había un plato de sopa y otro con las croquetas.

Kennedy lo despachó todo en un santiamén, en presencia del criado.

—Enhorabuena, Epi. Eres un tipo grande como cocinero.

—Gracias, señor Kennedy. —El criado carraspeó—. ¿Puedo preguntarle una cosa, señor Kennedy?

—Naturalmente. ¿De qué se trata?

—¿No le es simpática la señorita Keep?

—No.

El criado cogió la bandeja y se dirigió hacia la puerta, meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué quiere decir ese gesto, Epi? —preguntó Joe.

El criado se volvió, después de haber abierto la puerta.

—Debe tener cuidado, señor Kennedy. Yo tampoco encontré simpática a Anna.

—¿Quién es Anna?

—La mujer con la que llevo casado treinta y cinco años, señor Kennedy.

Seguidamente, el criado negro salió del dormitorio, cerrando la puerta tras de sí.

CAPÍTULO VII

Joe Kennedy había ido con Leddy a Denver aquella mañana para recoger las provisiones.

Kennedy se asombró del crecimiento de la ciudad. Hacía seis años que no había estado allí, y ahora se alzaban nuevos edificios y se habían abierto nuevas calles.

Leddy detuvo el carruaje frente al almacén de Baxter.

Joe saltó a la acera, diciendo:

—Voy a dar una vuelta por ahí, muchacho. ¿Cuándo estarás listo?

—Más o menos, dentro de una hora.

—Está bien. Antes de los sesenta minutos estaré aquí para marcharnos.

Joe echó a andar. Se detuvo ante algunos escaparates, observando los artículos que se ofrecían al comprador. Llamaron su atención unos pendientes en forma de aro. Un cartelito puesto al pie rezaba: «Traído de México. Seis dólares. Precio regalado».

¿Por qué le interesaban a él aquellos aros, si no tenía a quién regalárselos? En su mente brotó un nombre femenino, pero al instante lo ahuyentó, apartándose del escaparate.

Un poco más allá se encontró ante las puertas de un saloon y decidió beber un trago.

Antes de abandonar Fort Laramie había vendido sus pieles. El viejo Tobías, el negociante usurero, se había aprovechado bien de las circunstancias, pagándole tres dólares menos por piel, de lo que él hubiese podido sacar esperando a vender un par de semanas.

En el mostrador había una docena de clientes, y algunos más estaban distribuidos por las mesas que se esparcían a lo largo del local.

Hizo una señal al mozo y pidió un *whisky*.

Estaba bebiendo un trago, cuando de pronto oyó decir a uno:

—Oye, Jack, ¿has oído hablar de ese «sacamantecas» que ha llegado a la comarca?

Otra voz respondió:

—Sí, he oído hablar de ello.

—¿Qué clase de tipo es?

—Según me han dicho, uno que para desayunar se come a un tipo con tripas y todo.

—¿Sin escupirlas?

—Y hasta con botas.

Los dos hombres rompieron a reír.

Joe no quiso ni mirarles. Apuró de un trago el contenido de su vaso y llamó al mozo.

—¿Cuánto te debo?

—Veinticinco centavos.

Joe dejó la moneda de cuarto de dólar sobre el mostrador; y justo en ese instante, oyó otra vez a los graciosos.

—Oye, Jack: ¿Es cierto que a ese tipo le huelen los pies?

—Peor que eso, muchacho. Es un cazador de búfalos, ¿sabes? ¿No te han dicho nunca cómo duermen los cazadores de búfalos?

—No; dímelo tú.

—Es muy sencillo. Al llegar la noche se revuelcan en sebo y, cuando están bien embadurnados, se llegan a una porqueriza y se dejan caer en el lugar donde han estado los animales.

—¿Es posible, Jack?

—Sí, muchacho. Es donde se encuentran a gusto…, con los puercos.

Otra vez rompieron a reír estrepitosamente.

Joe se pasó una mano por el mentón, y por primera vez desvió la mirada hacia el lugar de donde procedía aquel diálogo. Había cuatro hombres que lo estaban mirando, y entre ellos no estaban los dos que dialogaban. Jack y el otro se encontraba al final de la línea, y también ellos le miraban atentamente, sin dejar de reír.

En aquel instante, el mozo dijo:

—¡Hay *whisky*! ¿Quién quiere *whisky*, señores?

Pero nadie quiso *whisky*.

Joe echó a andar hacia Jack y su compañero y se detuvo muy

cerca.

—Quizá les falte saber algo acerca de los cazadores de búfalos, amigos.

—¿Qué? —preguntó el más alto de los dos, cuya voz identificó como la de Jack.

—Son tipos muy susceptibles, a quienes no gusta que hablen de sus cosas y que los ofendan. Los cazadores de búfalos son hombres que llevan una vida muy dura, compañeros. Son sujetos independientes, gente a la que le gusta la soledad y que, quizá por ello, cuando se encuentran con un semejante, le brindan generosamente su ayuda. —Joe hizo una pausa—. Y de pasada les diré que hay muy poco de verdad en esa leyenda que se refiere a su suciedad —señaló el cuello de Jack—. Usted tiene mugre de hace tres meses y, según se supone, se encuentra en un pueblo civilizado.

Jack entrecerró los ojos.

—¡Le voy a cerrar la boca!

Joe paseó la mirada por los hombres que estaban en el mostrador, hasta detenerla en el rostro de Jack.

—’¿Usted y cuántos más?

—Yo solo, bocazas.

Apenas dijo eso, Jack lanzó su puño contra la cara de Kennedy, pero éste esperaba el golpe y saltó a un lado.

Jack hundió el puño en el vacío y echó a correr, yendo a estrellarse contra una columna.

Joe se retiró rápidamente hacia un lado, para evitar ser sorprendido por la espalda.

Los otros tipos del mostrador permanecieron impasibles. Jack se revolvió, con el rostro congestionado.

—¿Por qué no pelea como los hombres, cazador de búfalos?

—Los hombres pelean de uno en uno, y si tú quieres ocupar la primera plaza, ven acá.

Jack se escupió en las manos y se acercó rápidamente adonde se encontraba el joven.

Joe levantó el brazo izquierdo para impedir que su enemigo le alcanzase con los puños, y luego le hundió la derecha en el estómago.

El tipo se arqueó, con los ojos desorbitados, y entonces Kennedy le enganchó con la zurda en el maxilar inferior.

Jack dio un salto en el aire y fue a dar con sus cuartos traseros en una escupidera.

Ahora, dos de los tipos que había en el mostrador corrieron hacia allá. Joe retrocedió rápidamente, y cogiendo una mesa desocupada que había atrás, la arrastró por el suelo, lanzándola al encuentro de los agresores.

Los dos nuevos antagonistas recibieron el golpe a la altura de ingle y se desplomaron en el suelo, lanzando gritos de dolor.

El mozo seguía pregonando su mercancía tras el mostrador, moviéndose muy aprisa de un lado a otro.

—¡*Whisky*! ¡Al rico *whisky* de veinticinco centavos! ¡No pierdan la ocasión de refrescar!

Los otros tres tipos que totalizaban la pandilla saltaron por encima de los cuerpos de sus compañeros, encaminándose rápidamente hacia el lugar donde se encontraba Kennedy:

El joven retrocedió, serpeando por entre las mesas. Ahora, cada vez que uno de los individuos pretendía llegar hasta él, pegaba un puntapié a una mesa, interrumpiéndole el camino. Los clientes se habían alejado.

Finalmente, Joe se encontró junto a la pared, y entonces los fulanos se detuvieron sonriendo. A los tres se unieron Jack y otro hombre. Todos ellos quedaron con las manos levantadas por encima de los revólveres.

Joe dijo:

—Quedamos en que la juerga iba a ser de uno en uno.

Jack apretó los dientes.

—¿Por qué ha de ser así, señor Kennedy? Las condiciones del juego han variado.

Kennedy meneó la cabeza.

—No, Jack. En la vida de todo hombre debe imperar la nobleza, y ése es un consejo que te dieron tus padres seguramente cuando eras muy chiquitín. Nunca debiste olvidarlo.

Jack rió sardónicamente.

—Mira con lo que sale ahora. Al cazador de búfalos le gusta el melodrama.

—Mételo en la cabezota, Jack. Al que intente dar un paso más lo frío.

—¿Cómo nos vas a freír? —rió Jack.

De pronto se oyó una voz procedente de la puerta:
—Aquí traigo el aceite, patrón.
Tres de los hombres volvieron la cabeza hacia la entrada. Allí vieron a un hombre a quien ya conocían, Leddy Kafka.
Entonces, los campesinos del grupo se abrieron en abanico.
Kafka no tenía ningún arma en la mano, pero sus piernas estaban abiertas en compás, y su zurda se arqueaba como una garra sobre la culata.
Jack emitió otra risita.
—Vaya, tenemos dos valientes.
Joe dejó oír su voz suave, sin ninguna inflexión:
—Ya acabó la pelea, Jack, Vete con tus amigos.
—Lo bueno empieza ahora —opuso Jack.
De pronto tiró del revólver, al mismo tiempo que sus compañeros.
Kennedy desenfundó mucho antes que nadie y apretó el gatillo una, dos veces.
Jack recibió el impacto en el centro del pecho, y salió despedido violentamente hacia atrás, golpeó contra una mesa y se abatió en el suelo.
El tipo que estaba a su lado recibió el plomo en los intestinos, y se puso a chillar como un gato al que hubiesen pisado la cola.
Guardó silencio de pronto y se desplomó como si hubiese sido alcanzado por un rayo.
Los demás tipos se quedaron inmóviles; algunos con el revólver en la mano, pero con el cañón apuntando al suelo.
La voz de Leddy llegó otra vez desde la puerta:
—Ya basta, muchachos. ¿O acaso queréis encarecer la madera de pino? ¡Fuera las armas!
Los hombres que tenían el revólver en la mano titubearon unos instantes, pasándose la lengua por los labios o tragando saliva; pero por último, uno de ellos dejó caer el revólver al suelo, y los demás compañeros le imitaron.
Desde detrás del mostrador se oía un gorgoteo. El mozo se estaba bebiendo la botella de *whisky*.
Joe hizo girar el revólver en su índice.
—Dime, Leddy, ¿forman parte del equipo de Maxwell?
—Sí, patrón. Son unos tipos que llegaron poco después de la

muerte del abuelo. Seguramente Maxwell los contrató a raíz de un viaje que hizo a Dakota.

—¿Tiene más como éstos?

—Se trajo a veinte hombres, y sólo conservó unos cuantos de los que ya tenía. A los demás les dio el pasaporte, y no debe ser casualidad que fuesen los únicos honrados.

Kennedy se frotó el mentón con la mano libre.

Alguien corrió por la acera, y de pronto, las puertas de vaivén se abrieron, dando paso a un hombre de unos cuarenta años, que exhibía sobre su chaleco una estrella de latón.

—¿Qué ha pasado aquí, Leddy? —preguntó.

Kafka se aclaró la garganta, y soltó un escupitajo a la salivera.

—Ya lo ve, Clem. Le estamos ayudando a hacer una limpieza.

El *sheriff* vio los dos cadáveres y meneó la cabeza.

—Sabes que no me gusta esto, Leddy —de pronto detuvo los ojos en la figura de Joe—. Usted debe ser ese cazador de búfalos…

—Acertó, *sheriff*.

—También me imagino que usted es quien se los ha cargado.

—Sí, *sheriff*.

—¿Por qué?

—Tengo el pequeño defecto de que me gusta mucho la vida.

—Legítima defensa, ¿eh?

Clem Huxley dirigió la mirada hacia los testigos del duelo, los cuales se habían agolpado junto a la ventana, alejándose del camino de las balas. Unos cuantos de ellos movieron la cabeza en sentido afirmativo, aunque no se atrevieron a decir nada.

El *sheriff* carraspeó, mirando a los hombres que Joe y Kafka tenían inmóviles bajo la persuasión de sus armas.

—Bien, chicos. Os voy a dar un consejo. Abandonad la ciudad cuanto antes y olvidad de que existe en el mapa.

—¿No los va a detener, *sheriff*? —preguntó Leddy.

—¿Bajo qué cargo? ¿Intento de homicidio? Jamás serían condenados por ello. El abogado de Maxwell dirá que esto sólo ha sido una disputa de bar, y ya puedes estar seguro de que conseguiría su absolución. Preferiría que se marchasen.

Kennedy sacudió la cabeza.

—Me parece bien, *sheriff* —luego se dirigió a los hombres—. Ya lo habéis oído, chicos. Este clima os perjudica. Dicen que por el sur

es un poco más seco… Empezad el camino cuanto antes.

Los hombres no dijeron nada. Salieron silenciosamente por la puerta que conducía a la calle.

Kennedy enfundó el arma, yendo al lado del representante de la ley.

—Gracias por su intervención, *sheriff*. Hasta la vista.

—Un momento, Kennedy.

—¿Qué quiere, *sheriff*?

—¿Por qué no se refrena un poco? Según tengo entendido, usted va a permanecer por aquí sólo unas semanas. Tómeselo con un poco más de calma. Eso le servirá para continuar viviendo.

—Lo tendré en cuenta.

Leddy y Joe salieron del saloon y echaron a andar por la acera.

—Fue una buena cosa para abrir las ganas de comer —dijo Leddy.

De pronto, Kennedy se detuvo otra vez ante el escaparate, mirando los pendientes en aro.

—Espera un momento, Leddy.

Kafka vio cómo el dependiente del comercio cogía los pendientes que había en el escaparate.

Cuando Joe regresó a su lado, reanudaron el camino hacia el almacén.

—¿Para quién son esos pendientes, señor Kennedy?

Joe le dirigió una mirada con el ceño fruncido.

—He de pensar en mi regreso a Fort Laramie.

—No sabía que hubiese dejado novia allí.

—Bueno, no es exactamente novia, pero hay unas cuantas mujeres, ¿sabes?

—¿Rubia?

—No.

—¿Pelirroja?

—Tampoco.

—Ya; morena.

—Tiene el cabello castaño —dijo Joe, soltando un gruñido—. Y ya basta de preguntas.

—Sí, señor —dijo Kafka, y se echó a reír.

Kennedy le dirigió una mirada ceñuda, e instantáneamente, Leddy se quedó serio.

Minutos más tarde emprendían el regreso al rancho.

CAPÍTULO VIII

Joe Kennedy se encontraba tendido en el lecho fumando un cigarrillo cuando llamaron a la puerta. Autorizó la entrada, y en la estancia penetró Leddy Kafka.

—¿Qué pasa, muchacho? —preguntó Kennedy quedando sentado.

—La señorita Keep quiere verle, patrón.

—Vaya, ésa sí que es una novedad. Llevo cinco días aquí y es la primera vez que me necesita para algo.

—Debo advertirle que ha llegado un fulano que yo nunca he visto. Dijo que deseaba ver a la señorita Keep y está con ella ahora.

Joe permaneció pensativo unos instantes, y finalmente saltó del lecho.

—Está bien. Voy para allá.

Bajó la escalera seguido de Leddy, y mientras se dirigía a la biblioteca, dijo:

—Espérame en el porche por si te necesito.

Se introdujo en la biblioteca.

—Buenas tardes —saludó.

Leonore se hallaba en compañía de un hombre de unos cincuenta años de edad, de cara ancha, provista de doble papada y ojos muy pequeños.

—Usted debe ser el señor Kennedy —dijo, tendiendo la mano a Joe—. Celebro mucho conocerle.

Joe cambió un apretón de manos, mientras oía el nombre de su interlocutor de labios de Leonore.

—Es el señor Gordon Morley, de Chicago.

—El gusto es mío, señor Morley —murmuró Kennedy con las cejas enarcadas, mirando a la joven.

Leonore dijo:

—El señor Morley es el presidente de la compañía Morley, que se dedica a la explotación de mataderos. Su sociedad ha comprado recientemente tres ranchos en Texas, dos en Nuevo México y ahora están estudiando ofertas para adquirirlos en Colorado.

—Ya —murmuró Joe y no agregó nada más.

Gordon Morley sonrió, frotándose las manos.

—Tuve noticias de que este rancho estaba en venta, e inmediatamente me he apresurado a visitarles, al objeto de hacerles una oferta.

La muchacha sonrió.

—Ha sido muy amable, señor Morley, y creo que ha llegado en buena hora, porque mi socio y yo, efectivamente, tenemos la intención de vender nuestra hacienda.

Joe meneó la cabeza en sentido negativo.

—Me temo, señor Morley, que aquí existe un error.

El hombre de la doble papada empezó a borrar poco a poco la sonrisa de los labios.

—No comprendo.

Leonore apretó los labios con firmeza.

—No le haga caso a mi socio, señor Morley. No imagino lo que pretende al decir eso, pero él sabe muy bien que este rancho se va a vender.

—Creo que no me he explicado bien, o quizá ustedes no me han dado tiempo a que lo haga —repuso Kennedy—. Lo que realmente he querido decir, es que no admitiré ninguna oferta de compra hasta que haya transcurrido cierto plazo. Exactamente veinticinco días, a contar desde hoy.

Leonore Keep cruzó los brazos.

—Perdone a mi socio, señor Morley; posee un gran sentido del humor. Efectivamente, estamos imposibilitados de vender el rancho antes del plazo que él ha fijado, pero yo debo recordar a mi socio, que mi abuelo no nos prohibió que estudiásemos las ofertas que pudiesen hacernos mientras transcurre el término señalado.

—No, señorita Keep —opuso Kennedy—. En eso tiene razón. El abuelo no se refirió para nada a que nosotros pudiésemos estudiar las propuestas que nos hagan relativas a la venta del rancho, pero a pesar de ello, yo no tomaré en consideración ninguna oferta hasta

entonces.

—¿Puedo preguntarle por qué, señor Kennedy? —inquirió la joven.

—Sería difícil de explicar, señorita Keep, y es muy posible que, aunque yo lo lograse, usted no lo comprendería.

Leonore respiró aguadamente.

—No sé cómo le soporto, señor Kennedy.

—Yo sí lo sé. Por la mitad del precio que a usted le corresponderá cuando vendamos la hacienda. —Joe saludó a Morley—. Lo siento, señor Morley, pero ya sabe que dentro de veinticinco días tendré mucho gusto en recibirle. Hasta entonces, le ruego me disculpe.

—Bueno, yo no he querido molestar. —Morley sonrió—. Francamente, me disgustaría que mi visita sólo sirviese para echar a perder sus relaciones.

—No se preocupe, señor Morley —dijo rápidamente Leonore—. Las relaciones entre mi socio y yo se estropearon justo en el momento en que nacieron.

Joe hizo una inclinación de cabeza e inmediatamente salió de la estancia.

Pasó como una exhalación por el porche, y Leddy Kafka, que estaba sentado en la baranda, se levantó de un salto.

—¿Qué le pasa, patrón?

—Ven conmigo; quiero dar un paseo.

Poco después, los dos hombres cabalgaban por la pradera.

Leddy miró a Joe a la cara.

—¿Tan grave ha sido, señor Kennedy?

—Oye; en primer lugar me vas a hacer un favor.

—¿De qué se trata?

—Deja lo de señor y tutéame. Soy un cazador de búfalos. ¿No lo sabes?

Leddy sonrió.

—Yo te lo hubiese sugerido, muchacho, pero siempre me han enseñado a guardar las distancias. Hay tipos que cuando se ven con dinero, empiezan a creerse que van para gobernadores. Bueno; o de ahí para arriba.

—Yo no seré gobernador.

—Eso es una gran ventaja —rió Leddy—. ¿Qué ha pasado en la

biblioteca?

Joe le contó lo ocurrido y luego agregó:

—No me gusta ese Morley.

—¿Crees que obra por cuenta de Maxwell Armstrong?

—Es muy posible. Eso de la compañía Morley suena muy bien, y también viste mucho lo de que ha comprado varios ranchos en otros estados.

Leddy se pellizcó la barbilla pensativo y de pronto dijo:

—Ahora recuerdo que tengo un amigo en Chicago. Se llama Ben Geller. Anduvo por aquí cinco o seis años atrás, y hace unos meses me escribió diciéndome que se había casado y que tenía dos hermosos retoños. Le escribiré esta misma noche para que se informe acerca de Morley.

—Esto está bien pensado.

—Si ese tipo es un empleado de Maxwell, lo sabremos antes de una semana.

—Y en tal caso, te prometo que Morley va a perder diez kilos de peso, porque lo voy a hacer correr hasta el rancho de Maxwell.

Leddy soltó una risotada.

—Quizá él lo agradeciese.

Joe también rió.

Cabalgaron un rato en silencio, y, de pronto, Kafka carraspeó.

—Oye, Joe.

—¿Qué hay, Leddy?

—¿No habría alguna forma de que el rancho no se vendiese?

Kennedy lo miró ceñudo.

—¿Qué es lo que estás pensando?

—Bueno; después de todo, estás demostrando que serías un buen ranchero.

—Al infierno con eso. Soy un cazador de búfalos. Me gusta la pradera, la soledad, las montañas coronadas de nieve… y me gusta cabalgar día tras día por regiones donde no puedo encontrar una huella humana.

—¿Qué placer encuentras en todo eso?

Joe sonrió, mientras su mirada se perdía en el horizonte.

—Muchas veces me he preguntado al llegar a ciertos parajes si no seré el primer ser humano que pisa aquella tierra. Desde luego, yo sé que eso resulta muy difícil, por no decir imposible, pero uno

llega a sugestionarse y a admitir que efectivamente es el primero.

—Un primo mío decía que todo es hermoso si uno lo contempla con la conciencia limpia.

—Es posible.

—Si admites eso, tendrás que admitir que también es grande ver estas tierras llenas de reses, oír sus mugidos, contemplar cómo nace un ternero, detener una estampida en medio del fragor de la tormenta, ver cómo crecen las reses poco a poco, preocuparse por ellas, por si están enfermas, por si les falta el pasto o el agua…

Joe observó a Leddy y lo vio como en éxtasis. De pronto, el *cowboy* se percató de que era observado y miró también a Joe, sonriendo.

—Perdona, chico, por unos momentos me he ido por las nubes.

—No, Leddy. Era muy bonito todo eso.

—Mi primo también decía que cada uno de nosotros tenemos nuestras chifladuras.

—Estoy empezando a pensar que tu primo era un tipo muy listo.

Otra vez guardaron silencio y, de pronto, Joe dijo:

—No es posible.

—¿Qué no es posible?

—Que yo pueda comprar la mitad de la señorita Keep.

—Oye, ¿de veras piensas en eso?

—Por un momento ha cruzado por mi imaginación esa descabellada idea.

—¿Por qué has de llamarla descabellada?

—Todo mi capital se reduce a trescientos dólares, y me estoy temiendo que la señorita Keep no querrá admitir ese dinero como pago de su cincuenta por ciento.

—No, seguro que no.

Enmudecieron otra vez mientras seguían cabalgando. De pronto, Leddy tiró de las bridas, exclamando:

—¡Ya está…! ¡Sé de dónde vas a sacar el dinero para pagar a la señorita Keep!

—No me propondrás que asaltemos el Banco de Denver.

—No, muchacho, pero lo que sí puedes hacer es vender tus reses. Hay tres mil cabezas, de las cuales te corresponden mil quinientas. Ahora se cotizan a nueve dólares la res; de modo que si vendes tu rebaño, tendrás un total de trece mil quinientos dólares…

¡Infiernos, muchacho, está lodo solucionado!

—¿Quién va a comprar las reses?

—Puedo ir yo ahora mismo a Denver y hablar con el señor Brason. Es un agente que representa a unas cuantas firmas del Este. Naturalmente, necesitará unos cuántos días para colocar el rebaño en porciones de varios centenares. El irá liquidando conforme se vayan vendiendo.

Joe pensó durante un rato. Finalmente dijo:

—Estoy de acuerdo, muchacho. Vete a Denver.

Leddy se quitó el sombrero y lanzando un aullido fustigó su cabalgadura en dirección a la ciudad.

Joe lo miró sonriente hasta que se perdió tras una colina y entonces inició el camino de regreso al rancho.

Se encontró con Epi en el vestíbulo.

—¿Se ha marchado ya el señor Morley? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Está la señorita en la biblioteca?

—No, señor. Subió a su habitación.

—¿Cuál es, Epi?

El criado parpadeó sonriendo.

—¿Va a subir usted… arriba? —Se quedó serio súbitamente—. Perdone, señor Kennedy. Es la tercera puerta del ala derecha.

Kennedy le dio las gracias y subió la escalera. Llegado a la puerta señalada, golpeó con los nudillos.

—Puedes pasar, Epi —oyó a Leonore.

Joe titubeó unos instantes, rascándose por detrás de una oreja y finalmente se decidió a entrar.

Leonore se encontraba junto a la ventana, mirando por los cristales al exterior.

—Puedes limpiar el polvo, Epi. No te preocupes por mí.

Joe tosió con suavidad y ella se volvió rápidamente. Al verlo allí junto a la puerta, sus ojos chispearon.

—¿Qué hace usted aquí, señor Kennedy?

—Necesito hablar con usted.

—Sólo compartimos el ala inferior de la casa, señor Kennedy. Creí que en Fort Laramie quedó bien aclarado qué parte del piso superior correspondía a cada uno.

—Muy bien —dijo Joe—. Si usted quiere, bajaremos al terreno

de nadie a proseguir esta conversación.

La joven permaneció unos instantes impasible y por último repuso:

—Diga lo que tenga que decir…, aunque desde luego, esta visita suya no ha de sentar un precedente.

—Lo tendré en cuenta, señorita Keep.

Joe casi hundió la barbilla en el pecho, mirando a la joven con ceño fruncido. Hinchó los pulmones de aire y dijo:

—Quiero comprarle su parte en el rancho, señorita Keep.

La joven hizo un gesto de perplejidad.

—Creo que no le he oído bien, señor Kennedy.

—He decidido quedarme con el rancho.

La joven lo miró sin decir nada y de pronto rompió a reír, cubriéndose la cara con las manos.

—¿Qué le pasa, señorita Keep?

—Eso… es muy… gracioso —dijo Leonore, riendo ininterrumpidamente.

—¿Por qué?

—Usted, un cazador de búfalos, el hombre solitario de la pradera, queriendo asentarse, echar raíces…

—Parece olvidar que su abuelo también fue cazador de búfalos.

La joven dejó de reír poco a poco, pero continuó con sus manos en la cara, con los dedos por debajo de los ojos.

—Confieso que ha sido una broma muy divertida, señor Kennedy.

—No es ninguna broma.

—¿No…? ¡Qué lástima!

—Le compraré su cincuenta por ciento.

La joven dio unos pasos hacia Kennedy. Se detuvo a una yarda. Ahora retiró las manos de su cara.

—No voy a venderle a usted mi parte, señor Kennedy.

Joe sonrió.

—Me imagino que lo que le preocupa es el dinero con el que yo le pueda pagar. Pero puede estar tranquila. Voy a vender mis reses, es decir, el rebaño que me corresponde, y con su importe tendré dinero bastante para comprarle su mitad.

—No le vendo a usted, señor Kennedy.

Joe hizo una mueca, arrugando la nariz.

—¿Por qué no?

—No necesito darle ninguna explicación. El rancho se venderá por la totalidad.

—Así que, lo vendería a cualquiera antes que a mí.

—Piense como le parezca.

—¿Por qué, señorita Keep? ¿Por qué estaría dispuesta a vender a cualquiera que le hiciese una oferta y rechazaría la mía?

Al propio tiempo que hablaba, Joe se acercó a la joven.

—Por favor, salga de mi habitación.

—Quiero una respuesta —dijo Joe.

—No se la daré.

Joe caminó otra vez hacia ella. La cogió del brazo y la hizo girar bruscamente.

—¡Quiero que me conteste, señorita Keep!

Los ojos de la hermosa muchacha llamearon.

Joe continuaba presionando el brazo femenino. Ella dijo:

—Suélteme, señor Kennedy.

—¡Quiero oírla! ¿Me entiende? ¡Quiero oírla! ¡Ya estoy cansado de usted, señorita Keep!

—Es usted un bruto. ¡Me está clavando los dedos!

—¡Me gustaría que fuera un hombre para hacer otra cosa con usted!

—Pero soy una mujer, ¿verdad, señor Kennedy?

Joe la miró a la cara, al cabello y a los ojos.

—Sí —dijo—. Es usted una mujer.

De pronto la apretó contra sí y la besó fuertemente en la boca.

Ella le puso las manos en el pecho para apartarlo y finalmente lo consiguió, propinándole un empellón.

Las pupilas de ella parecieron arder.

—¡Usted…! ¡Usted me ha besado! —Se pasó el dorso de la mano por la boca para quitar la huella de los labios masculinos.

El se la quedó mirando todavía unos instantes, los puños apretados contra los muslos.

—¡Se ha aprovechado de mí! —le oyó decir—. Ha entrado en mi habitación sólo para eso. Todo era mentira. No quería la mitad de mi rancho, sólo era una estratagema… Usted pensó que quizá me podría convencer para que tampoco vendiese… para que usted y yo fuésemos marido y mujer, y de esa forma usted tendría el rancho…

Toda la hacienda suya.

Joe dio media vuelta, abrió de un tirón y salió fuera dando un portazo.

Saltó los escalones de dos en dos y pasó como una exhalación junto al criado, que se quedó contemplándolo con los ojos muy abiertos.

—¿Ocurre algo, señor Kennedy?

Joe no le contestó. Bajó del porche rápidamente, desató las bridas de su caballo, montó de un salto, y partió de aquel lugar como una flecha.

Capítulo IX

Joe miró al trasluz el contenido de la botella. Sólo quedaban dos dedos de *whisky*, y eso quería decir que en las últimas tres horas se la había bebido entera. La rubia que tenía al lado se le colgó del hombro.

—Oh, Joe, eres maravilloso… Cuéntame otra vez lo que te ocurrió con aquella fulana en Fort Laramie.

Kennedy rió.

—No me gusta repetir las historias, ¿sabes…? Especialmente las que se refieren a mujeres —vació el contenido de la botella en el vaso y tomándolo en la mano apuró la última gota—. ¡Eh, muchacho! —gritó con voz estropajosa al mozo que había tras el mostrador—. Trae acá otra botella y que sea algo mejor que el matarratas que trajiste antes.

La rubia soltó una risotada, porque seguramente era el mejor chiste que había oído en todo aquel año.

Joe sacó la bolsa del tabaco y se puso a liar un cigarrillo, pero sus dedos estaban torpes y, al cabo de un rato, arrojó el papel y el tabaco renunciando a fumar.

El mozo dejó la botella sobre la mesa.

Joe miró a la rubia.

—*Whisky*, muchacha… Sangre líquida que correrá por nuestras venas dándonos vida.

—¡Bravo, senador! —exclamó la rubia aplaudiendo—. Ha sido un hermoso discurso.

Joe alargó la mano para coger la botella, pero de pronto, otra mano más rápida se apoderó de ella.

Kennedy alzó los ojos descubriendo ante la mesa la figura borrosa de Leddy Kafka.

—¡Leddy, muchacho! —lo saludó sonriente—. Era a ti justamente a quien estaba esperando. Anda, siéntate. Sí, muchacho, te estaba esperando. ¿No os conocéis vosotros?

—Kennedy miró a Leddy y a la rubia. —Éste es Leddy Kafka, un gran muchacho. Leddy, tengo el honor de presentarte a… la rubia… Bueno, ¿qué te parece? La llamaremos Ruby. Es un bonito nombre, ¿no te parece?

La girl rió, pegando una palmada a Joe en el costado.

—¡Qué tipo tan estupendo eres, Joe!

Joe se pasó el dedo por los agujeros de la nariz y luego se quedó mirando a Leddy.

—¿Qué te pasa, chico? Anda, y siéntate de una vez. Soy tu patrón, ¿verdad…? ¿O es que no lo soy?

—Sí, Joe, eres mi patrón.

—Entonces ocupa una silla y ponte a beber. Ruby y yo te acompañaremos.

—Oye, Joe. Todo está arreglado.

—¿Qué es lo que está arreglado?

—Hablé con Brason; ya sabes, el agente. Está de acuerdo en comprarte las mil quinientas cabezas.

La rubia se echó encima de Joe.

—A ver, Joe, déjame que te vea bien. Eres un fenómeno, sí, señor. El primer chico que veo con mil quinientas cabezas…, pero yo sólo veo una. ¿Sabes lo que te digo? Tu amigo está como una cuba, te ve mil quinientas cabezas.

Joe le puso la mano en el hombro y la ayudó a sentarse.

—Calla, Ruby.

Hubo un silencio y luego Joe miró a Kafka.

—Todo se acabó.

—¿Qué es lo que se acabó?

—La «condesa» no me vende, ¿lo entiendes? Yo soy un leproso para ella… Soy un tipo nauseabundo… Soy un desecho, ¿lo vas entendiendo, muchacho? Soy un tipo que no vale nada.

—Vámonos a casa, Joe.

—No, muchacho, no me voy a casa. Yo no tengo casa… No tengo techo.

Ruby se le echó otra vez encima.

—¡Oh, Joe! ¿Quién dice que te has quedado sin techo? Tengo un

amigo que alquila habitaciones por dos dólares. Tendrás un techo. Porque tú tienes cara de tener dos dólares.

—Cállate, Ruby.

Leddy sacudió la cabeza y, dando vuelta a la mesa, cogió a Kennedy por un brazo.

—Anda, vamos ya, Joe.

—Te he dicho que no voy.

—¿Pero es que no te acuerdas, Joe? El ala izquierda de la casa te corresponde, es tuya. Forma parte de tu mitad.

—Se la regalo. No quiero saber nada del rancho Los Tres Búfalos, no quiero saber nada de la «condesa». ¿Lo vas entendiendo, Leddy?

—Pero, Joe, has bebido y no sabes lo que hablas. Yo te diré lo que vamos a hacer. Pediré prestado un carruaje al doctor McGragh y nos iremos a casa. Allí tomarás un baño, te acostarás en tu cama y mañana te sentirás como nuevo… Sólo necesitas dormir un poco.

—Lárgate, Leddy.

—Quiero que vengas conmigo.

—No aguanto a los tipos pesados, ¿lo oyes?, y tú te estás poniendo pesado.

—¿Por qué no? Anda, dime una razón.

—Porque eres capaz de montar en la silla y largarte a Fort Laramie.

El joven se echó hacia atrás, lanzando una estrepitosa carcajada.

—¿Lo has oído, Ruby…? Mi amigo Leddy adivina el pensamiento. Sí, señor, eso es lo que has hecho, Leddy; has adivinado mi pensamiento, porque cuando me haya bebido la segunda botella de *whisky*, me largaré a Fort Laramie. Volveré con mi pradera, con mis búfalos. Y en cuanto llegue, lo primero que he de hacer es romperle los huesos a Jackson y a sus cuatro primos rubios; y luego, muy tranquilo, me iré a cazar a Aguas Calientes, y allí estaré solo, ¿lo entiendes? ¡Solo!

—Eres un cobarde, Joe.

Kennedy frunció el ceño, mirando a Leddy con la cabeza vacilante.

—Creo que no te he entendido.

—Lo has oído perfectamente. He dicho que eres un cobarde.

—Márchate antes de que te rompa la cara, Leddy.

—Tú te crees muy valentón. Tienes una fuerte musculatura y un cuerpo muy grande, y tus manos son como zarpas… y sabes dominar a los hombres. Hasta es posible que te sientas orgulloso porque sales vencedor en todas las peleas, pero eres un cobarde.

—Cierra el pico, Leddy.

—Una mujer te ha vencido, una sola mujer; una muchacha de veintidós años. Le han bastado unos cuantos días, y ahora el poderoso señor vencido abandona el campo y decide regresar con sus praderas y con sus búfalos. ¿Por qué, Joe? Yo te lo diré: porque allí todo es más fácil, a pesar de que tú puedes decir lo contrario. Es más fácil pelear con hombres. Anda, Joe, márchate, huye de ella. Apártate de la única persona que te ha derrotado… No importa que tú correspondas a Harry Keep con el desagradecimiento. Tampoco importa que Maxwell Armstrong se encuentre de la noche a la mañana con que es dueño de algo que no le cuesta un centavo. Todo eso no importa; lo que interesa, lo único que debe interesarte eres tú mismo. Allí estarás en tu ambiente, y todos te vitorearán cada vez que desencajes una mandíbula de un puñetazo o rompas las costillas de cualquier tipo. Eso es la valentía para ti. Pero óyeme bien, Joe Kennedy; tú serás un valiente para ellos, para todos los cazadores de búfalos, ¡pero para mí eres un cobarde!

El puño derecho dé Kennedy se estrelló contra la cara de Leddy, el cual rodó por el suelo.

La rubia lanzó un grito.

Kennedy quedó con el cuerpo encorvado sobre la mesa, a punto de caer, pero apoyó las manos sobre la tabla y de esta forma logró mantener el equilibrio.

Se hizo un silencio en el saloon, y todas las cabezas se volvieron hacia el lugar donde se había producido el incidente.

La botella que Leddy tenía en la mano se había roto en mil pedazos y el líquido corría por el suelo.

Leddy se incorporó, moviendo la cabeza. Por la comisura de la boca le corría un hilillo de sangre. Miró unos instantes la cara de Joe y dijo:

—Buen viaje, señor Kennedy —luego echó a andar y salió del establecimiento.

Joe permaneció un rato inmóvil en aquella misma posición, y finalmente se dejó caer en la silla, pasándose las dos manos por la

cara.

La rubia se acercó otra vez a él.

—Joe, ¿recuerdas lo que te dije antes acerca de mi amigo?

—Vete, Ruby.

—Quiero ayudarte, Joe.

Kennedy metió la mano en el bolsillo y sacó un billete de cinco dólares, que alargó a la mujer.

—Márchate con otro cliente que te haga pasar un rato más divertido.

Ruby cogió el billete, y tras dirigir una mirada a Joe, que continuaba con la cara entre las manos, se encogió de hombros y se alejó.

Pasaron unos cuantos minutos. Joe se puso en pie y se acercó al mostrador, pagó el importe de la botella que había consumido y la que se había roto y dejó un dólar como propina.

Finalmente, dando traspiés, salió a la calle oscura.

Echó a andar por la acera, vacilando. De vez en cuando se detenía, apoyando las palmas de las manos en la pared.

Empezaba a sentir un terrible dolor de cabeza. Todo lo veía borroso, desdibujado.

Sintió arcadas y se introdujo por un callejón que estaba totalmente envuelto en la oscuridad.

De pronto oyó pasos a su espalda y empezó a volverse.

Pero en ese instante algo percutió sobre su cabeza; un objeto muy duro. No tuvo duda de que era un revólver. Luego le pegaron otra vez y el negro suelo corrió al encuentro de su cara. Sonó un estallido en su cerebro y se encontró dando vueltas por un pozo de paredes como la pez, profundo, muy profundo…

CAPÍTULO X

Joe abrió los ojos, y la luz de una lámpara le hirió, obligándole a cerrarlos.

Sentía un terrible dolor en la cabeza. Dio una vuelta sobre sí mismo hasta quedar de bruces, y luego empezó a incorporarse.

Fue a caer otra vez, pero luego alargó la mano instintivamente y logró apoyarse en una mesa.

En aquella posición, arqueado, dejó transcurrir unos segundos. Finalmente abrió otra vez los párpados, y al alzar la mirada vio frente a sí a media docena de hombres.

Continuó girando el torso y siguió viendo individuos. No quiso ni contarlos, pero allí había una veintena.

Se encontraban en una habitación donde había grandes sillones, una larga mesa y un armario. En el centro de la mesa descansaban dos quinqués de petróleo.

De pronto, un hombre dio dos pasos hacia él. Era un tipo de unos treinta y cinco años de edad, alto, fuerte, de cabello rubio, sienes hundidas y pómulos salientes.

—¿Se encuentra mejor, señor Kennedy?

Joe se tocó la cabeza, diciendo:

—No lo estaré hasta que ajuste cuentas con los hijos de perra que me golpearon.

El rubio se echó a reír.

—Al parecer, es cierto todo lo que me han contado de usted.

—¿Qué es lo que le han contado?

—Que posee unos puños muy poderosos y una gran habilidad con el revólver. —El hombre hizo una pausa—. Por fortuna para mí, ahora se encuentra en una inferioridad manifiesta en lo que se refiere a los puños, y no tiene al alcance ningún revólver para hacer

una demostración de su puntería.

Joe miró su funda vacía y luego otra vez a la cara de su interlocutor, el cual pregunto:

—¿No sabe quién soy, señor Kennedy?

—No me lo diga, deje que lo adivine.

—Inténtelo.

—Usted es Jesse James, el salteador de trenes. —El joven sonrió—. Basta echarle una mirada a la cara.

El rostro del rubio se endureció.

—También me advirtieron que usted era muy bromista, señor Kennedy.

—Yo no tengo dinero, salteador. Siento que haya perdido su tiempo.

Dos hombres hicieron gesto de abalanzarse sobre Kennedy, pero el rubio hizo un gesto con la mano y se detuvieron.

—Voy a terminar con sus dudas si es que tiene alguna, señor Kennedy. Mi nombre es Maxwell Armstrong.

Joe lo miró con las cejas enarcadas.

—Vaya, al fin le conozco.

Maxwell sonrió.

—Yo también sentía deseos de echar una parrafada con usted.

—Tengo mi tiempo tasado, señor Maxwell, de modo que ya conversaremos en otra ocasión.

Joe echó a andar alejándose de la mesa, pero se detuvo cuando vio que los hombres que estaban junto a la puerta sacaban el revólver.

En eso oyó a su espalda la voz irónica de Armstrong.

—¿Decía algo, señor Kennedy?

Joe giró sobre sus talones dando un suspiro. Sacudió la cabeza, observando otra vez la cara del rubio.

—Oiga, amigo, admito que he sido yo quien pegó la paliza a alguno de sus muchachos, y también reconozco que fui yo quien baleó a dos de sus asesinos. Si quiere tomar la revancha, deme un revólver y ventilemos esta cuestión cara a cara.

—Es usted muy impulsivo, señor Kennedy —respondió Armstrong—. Yo no peleo más que cuando es necesario.

—¿No cree que ese momento ha llegado ya?

—No, Kennedy. Le he cobrado una gran ventaja, y quiero sacar

el máximo de ella.

—Explíqueme eso, Maxwell.

—Usted sabe lo que yo quiero.

—El rancho de Harry Keep.

—Exactamente, Kennedy. Ahora empezaremos a entendernos.

—Debió poner sus ojos en otra hacienda, Maxwell. Los Tres Búfalos no es para usted.

—Eso es lo que usted piensa, pero da la casualidad que mi idea es muy distinta, y consiste precisamente en que yo seré el dueño de ese rancho.

—Ya lo comprendo. Usted me va a liquidar a mí y de esa forma estará en condiciones de coaccionar a la muchacha.

—No, señor Kennedy, yo no puedo matarle a usted, al menos de momento; y le diré por qué. Usted es uno de los herederos de Harry Keep, y si usted apareciese muerto, todo el mundo sospecharía de mí y cualquier fiscal, el de ahora o el que haya en Denver dentro de cinco años, podría impugnar mi título de propiedad acusándome de asesinato. Le bastaría llevar la duda sobre quién pudo ser su asesino a un jurado, para que yo fuese despojado de la hacienda y, en tal caso, el rancho pasaría a manos del Estado.

Kennedy sonrió.

—Parece que está fuerte en leyes, Maxwell.

—No soy abogado, Kennedy. Lo único que he hecho es pagar un buen abogado para que me informase acerca de todos los puntos de la cuestión. —Hizo una pausa—. ¿Se da cuenta? Todos mis desvelos le harán comprender que estoy muy decidido a que en un plazo breve Los Tres Búfalos sea de mi propiedad.

—¿Qué se le ha ocurrido para ello, puesto que no puede matarme, señor Armstrong?

Maxwell dio unos pasos por la estancia, deteniéndose junto a una chimenea.

—No puedo matarle, Kennedy —repitió—. Pero puedo dejarle inválido.

—¿Sí?

—Puedo quemarle la cara, romperle las narices, quebrarle las costillas o aserrarle las orejas como un gato.

—Es un cuadro maravilloso.

—Le haré cualquier cosa de ésas, y apuesto a que usted deseará

estar muerto.

—¿No ve cómo me tiemblan las piernas, Maxwell?

—Haría bien en abandonar su cinismo y ser un poco más práctico.

—¿A qué llama usted ser práctico?

—Le he traído aquí para que renuncie a la herencia de Harry Keep.

—¡Qué tipo más vivo es usted, Maxwell!

El rubio volvió hacia la mesa y apoyando las manos en ésta, dijo:

—Usted no tendrá necesidad de que yo le queme la cara o le mutile de cualquier otra forma. Renunciará a su parte en la herencia de Harry Keep y todo quedará arreglado.

—Claro que sí. Instantáneamente, en virtud de las condiciones testamentarias del abuelo, la chica perderá también su cincuenta por ciento y usted, con las manos limpias, será el único heredero de Harry.

—Bonito, ¿verdad, señor Kennedy?

Maxwell cometió una imprudencia al inclinarse hacia el lugar en que se encontraba Kennedy. Éste ya se había recuperado de su borrachera, aunque por culpa de la resaca no pudiera encontrarse en sus plenas facultades físicas. Pero sus puños seguían siendo rápidos y ahora golpeó con el derecho en la cara de Maxwell, quien lanzó un grito ahogado y se desplomó en el suelo.

Luego Joe se revolvió como una centella, alargando el brazo izquierdo.

Sus nudillos golpearon contra una, Joe, tres caras y oíros tantos tipos retrocedieron tambaleándose.

Pero nuevamente, como en el callejón, la culata de un revólver golpeó contra la cabeza de Joe y el joven se derrumbó de rodillas en la alfombra. Entonces un tipo le pegó con la bota en la cara, lanzándolo hacia atrás.

Otra puntera se le clavó en el costado; y Joe pensó que, tras correr muchas aventuras a lo largo de su vida, había ido a parar a aquella comarca de Colorado para emprender el viaje al Más Allá.

De pronto oyó una voz:

—¡Quietos, muchachos! ¡No quiero que lo matéis!

Los golpes cesaron y Joe empezó a moverse. Otra vez oyó la voz

de Maxwell.

—Sentadlo en esa silla y atadle las manos al respaldo.

Joe no tenía fuerzas para resistirse, y en pocos instantes quedó prisionero, tal como Armstrong había ordenado.

Vio al rubio delante de él, restañándose la sangre de la boca con el pañuelo.

—¿Vas a firmar la renuncia, Kennedy? —¡Cerdo!

De nuevo Maxwell lo castigó, ahora en los labios; y Joe sintió el sabor acre de la sangre.

—No estás hablando en serio, Kennedy —dijo Maxwell—. Tú eres un buen chico y sabes lo que te conviene. Tengo el documento redactado. Sólo tendrás que estampar la firma. ¿Verdad que lo harás ahora mismo?

Joe respiró entrecortadamente y súbitamente soltó un escupitajo mezcla de saliva y sangre, a la cara de Armstrong.

El rubio, como respuesta, le pegó dos golpes seguidos en el pómulo.

Joe se sentía bañado en sudor.

Armstrong lo cogió por el cabello y tiró hacia atrás, levantándole la cara.

—Escucha, Kennedy. Has hecho muy bien el valiente. Confieso que eres un tipo como no hay otro. Arrojaste a mis hombres del Valle Hondo y te defendiste bien cuando ese imbécil de Jack le quiso matar por su cuenta. Yo te felicito, muchacho, porque les diste una lección.

Los labios de Armstrong sonrieron.

—¿Me oyes, Kennedy? Joe apretó los dientes.

—Sí, Armstrong, te estoy escuchando sin perder una palabra.

—Así me gusta, muchacho. Voy a hacer una excepción contigo, ¿sabes? Tú eres un cazador de búfalos, un tipo independiente y solitario; y a mí se me ha ocurrido hacerte un buen regalo.

—Eres muy generoso, Armstrong.

—Te voy a meter en el bolsillo quince mil dólares. Es la suma más fabulosa que hayas podido soñar en tu vida, ¿verdad?, ¿Kennedy?

—Sí, lo es.

—Bien, chico; así me gusta. Sabía que al final nos entenderíamos. Yo te daré los quince mil dólares y tú firmarás la

renuncia a la herencia. ¿Qué le importa a ti, después de todo, ese rancho? Nunca debiste poner los pies en él. Yo sé que en Los Tres Búfalos hay tres mil reses, y como a ti te corresponden la mitad, el precio que podrías conseguir por ellas, siempre sería inferior a los quince mil dólares que yo te ofrezco. Todo eso le lo explico para que comprendas que no trato de aprovecharme de tu situación, muchacho. Quiero que siempre me recuerdes como un verdadero amigo.

Maxwell lo miró a los ojos sonriendo.

—Sí, Maxwell, siempre lo recordaré.

—¿Ves cómo los hombres acaban por ser sensatos? Todo en esta vida consiste en eso. Anda, Lube, trae el documento.

Lube alargó un papel a Armstrong y éste dejó libre la cabeza de Kennedy. Cometió su segundo error.

Joe descargó un cabezazo sobre el pedio de Maxwell, el cual lanzó un terrible ronquido, doblándose. Entonces, Joe le pegó otra vez con la testa en la frente.

El rubio se desplomó en el suelo lanzando aullidos.

Puños y revólveres cayeron sobre el cuerpo de Joe, pero éste ya estaba insensibilizado, y durante un rato no sintió nada, hasta que por fin volvió a perder et conocimiento.

Capítulo XI

Joe volvió otra vez en sí y se dio cuenta de que continuaba atado a la silla. Por una ventana se filtraba la luz del amanecer. No había una pulgada de la superficie de su cuerpo que no estuviese dolorida.

Observó la habitación en que se encontraba y sólo descubrió a dos hombres, los cuales estaban jugando una partida de cartas alrededor de una mesa.

—Hola, muchachos —saludó.

Los dos tipos volvieron la cabeza sobresaltados, al tiempo que dejaban caer los naipes y movían las manos hacia las fundas de los revólveres.

Joe soltó una risita.

—Resulta bueno eso de que lo teman a uno aunque se encuentre hecho puré y sin poder mover los brazos.

Uno de sus guardianes, un tipo de cabello muy negro, que exhibía una cicatriz debajo del ojo izquierdo, enseñó los dientes.

—Eres muy gracioso, Kennedy, pero te voy a decir una cosa que no te hará reír.

—Dilo, chico. No te quedes con las ganas.

—Nuestro patrón va a conseguir el rancho de todas formas y tú habrás hecho el imbécil. Te has ganado una buena paliza, y cuando Armstrong esté en camino de ser propietario de Los Tres Búfalos, te machacará para toda la vida.

Joe no captó al momento las palabras del vaquero. Su cerebro estaba muy torpe. Cerró los ojos y trató de poner en orden las ideas. El tipo había dicho que Maxwell iba a ser dueño de todas formas del rancho Los Tres Búfalos.

De pronto cruzó por su mente un rayo de luz. ¡Leonore Keep! Maxwell lo había elegido como víctima para que renunciase a la

herencia, pero él se había resistido, y entonces aquel condenado ranchero lo sustituyó en su plan por Leonore. Eso es lo que había querido decir el hombre de la cicatriz. Armstrong iba a ocuparse de la muchacha para obligarla a renunciar.

Cuando llegó a este punto de sus pensamientos, sonrió amargamente. La muchacha aceptaría los quince mil dólares que él había rechazado, a cambio de estampar su firma en el documento de renuncia. De eso no cabía ninguna duda.

Bueno, lo importante era salir de allí. Iba a resultar un poco difícil, pero podía intentarlo, ya que aquellos estúpidos no le habían atado los tobillos, contentándose sólo con trabarle las muñecas detrás de la silla.

Primero relajó los músculos durante un rato, cerrando los ojos.

Además de tomarse un descanso, sirvió para que los dos guardianes se confiasen un poco y apartasen las manos de los revólveres, reanudando la partida suspendida.

Joe los observó por el rabillo del ojo y después desvió la mirada hacia el gran ventanal que había al fondo. Calculó que necesitaría de unos seis pasos llevando la silla a sus espaldas; y eso quería decir que los tipos tendrían una magnífica oportunidad para agujerearle la piel. Aunque no tirasen a matar porque hubiesen recibido orden de Maxwell en ese sentido, bastaría con que le quebrasen una pierna para que realmente quedase inválido.

Pero tenía que hacerlo.

Retrocedió sobre el pie izquierdo y se echó hacia delante. Luego se levantó, descargando un terrible patadón sobre la mesa, cuando los dos vigilantes empezaron a volverse.

La mesa golpeó contra los centinelas y todo se vino abajo.

Joe, con la silla a cuestas, corrió cuan aprisa pudo hacia el ventanal.

Se lanzó al aire, contra la ventana, oyendo las maldiciones de los tipos, que empezaban a darse cuenta de lo que ocurría.

La madera y el cristal saltaron en pedazos, mientras surcaba el aire. Joe buscó la posición adecuada para caer justamente sobre la silla. Ésta se hizo astillas al sobrellevar el impacto, y casi instantáneamente, Kennedy quedó libre, porque el lazo fue demasiado grande para sus muñecas.

Rodó otra vez por el suelo, acercándose a la ventana. Por el

hueco apareció uno de los tipos. Levantóse y cogiéndolo por el cuello, lo atrajo hacia sí con todas sus fuerzas.

Desgraciadamente, el hombre se le escurrió de las manos y echó a volar hacia el lugar donde se encontraban los restos de la silla.

Joe soltó una maldición, porque lo que él había pretendido era desarmarlo; pero ahora no podía ir a su encuentro para quitarle el revólver, porque el otro debía estar en la ventana, listo para hacer fuego.

Echó a correr y cuando doblaba por la esquina sonó un estampido y la bala le rozó el hombro. Luego, oyó una voz:

—¡En, chicos! ¡Kennedy se ha escapado…! ¡Va hacia los establos!

Joe se coló por una gran puerta y a sus narices llegó el olor del heno. Vio a derecha e izquierda los compartimientos de los caballos, y sin dejar de correr, se lanzó de cabeza hacia uno de los recintos. Los caballos se espantaron al pronto, pero luego Joe siseó quedaron más tranquilos.

Oyó pasos rápidos y luego alguien se detuvo en la puerta de la nave.

—¡Ha debido entrar por aquí!

Otra voz dijo:

—No se ve a nadie. Salió por el otro lado. Vamos, chicos.

Los dos hombres echaron a correr.

Joe se frotó los brazos vigorosamente, restableciendo la circulación de la sangre.

Se acercó a un caballo y le palmeó en el anca. Luego abrió la puerta del recinto y retrocediendo otra vez dio un salto, montando a pelo en el animal. Finalmente le rozó con las rodillas en los flacos y el potro salió de estampida por la puerta que Joe había utilizado para llegar hasta allí. Joe se tendió sobre el cuello del alazán y en eso oyó un grito:

—¡Ahí va…! ¡Fuego contra él!

Joe hizo que el caballo doblase raudo junto a un tronco, en el momento preciso en que los dos hombres hacían fuego.

Los proyectiles pasaron muy lejos de su objetivo. Luego Kennedy observó un declive del terreno a unas quince yardas a la derecha, y hacia allí se dirigió.

A lo lejos seguía oyendo la voz de los vaqueros de Armstrong.

Sonrió, porque estaba seguro de que no le volverían a atrapar.

Avanzó hacia el este en busca de la tierra de Los Tres Búfalos, y veinte minutos más tarde vio el alambre espinoso y un poco más allá un rebaño de reses, custodiadas por seis de sus hombres.

—¡Eh! —dijo alguien—. Ahí viene el patrón.

Joe saltó la divisoria y detuvo su alazán.

Los vaqueros fueron a su encuentro.

—¿Qué ha pasado, señor Kennedy? —preguntó Tommy Lee, observando perplejo la cara del joven.

—Tuve una discusión con Armstrong y sus hombres, y ellos pasaban de veinte.

—¡Demonio, patrón! Esos miserables se han pasado de la raya. ¿Quiere que les demos un escarmiento?

Joe consideró que Maxwell tenía consigo demasiados pistoleros.

—No, Tommy. Es cuestión mía. Ya arreglaré el asunto.

—¿Usted solo?

—Bueno, quizá necesite que me echéis una mano, pero no en este momento. Debéis estar con los ojos bien abiertos y las armas preparadas, para el caso que esa gentuza ataque. Haríais bien en retirar el ganado de aquí y acercarlo un poco más a la casa.

—Sí, señor.

—Luego nos veremos, Tommy.

Seguidamente, el joven espoleó el caballo que había robado a Armstrong, continuando su camino hacia la casa sureña de Harry Keep. Cuando llegó ante el porche vio que Leddy Kafka le salía al encuentro. Hubo un silencio entre los dos hombres.

—Pensé que estarías camino de Fort Laramie —dijo Leddy—. Pero ya veo que otros se ocuparon en quitártelo de la cabeza.

Joe sonrió.

—Eso es lo peor que han podido hacer.

—Así te vas a quedar.

—Sí, Leddy. O me entierran aquí, o seré el dueño de Los Tres Búfalos.

Leddy se puso a reír, mientras pegaba una palmada en el brazo del joven.

Kennedy se mojó los labios con la lengua.

—Anoche me comporté mal contigo.

Leddy se tocó el maxilar inferior.

—No te preocupes, Joe. Yo tuve la culpa. Traté de sacarte de tus casillas. Sabía que acabaría recibiendo un puñetazo, y sólo deseé que no me lo pegases demasiado fuerte. Por fortuna, las cosas salieron bien.

—Después de pegarte, me hubiese roto la cabeza contra la pared.

Leddy hizo un gesto afirmativo; y luego Joe preguntó:

—¿Está ella en casa?

—No.

Joe quedó muy serio.

—¿Adonde ha ido?

—A la ciudad.

—¿Hace mucho rato?

—Cuestión de una hora.

—¿A qué ha ido a Denver?

—Quería visitar a la hija del juez Smith, que se casa dentro de una semana. Ya sabes; la novia le iba a enseñar el equipo.

—¿Iba sola?

—Sí. —Leddy frunció el ceño—. Oye, ¿a qué vienen tantas preguntas?

Joe contó seguidamente a Kafka todo lo que le había ocurrido en el rancho de Maxwell, y luego agregó:

—¿Te das cuenta, Leddy? Armstrong ha intentado que yo renuncie a la herencia y, como no lo ha conseguido, indudablemente debe haber pensado en Leonore para lograr su fin.

—¡Maldita sea…! ¿Se va a atrever a eso?

—Le ofrecerá dinero, y es seguro que la chica lo aceptará.

—No lo puedo creer.

—Lo creas o no, hemos de hacer algo.

—¿Pero qué?

—Vámonos a Denver.

—¿Solos?

—No quiero enredar en esto a los muchachos. Ya se han portado demasiado bien quedándose aquí, a pesar de que, según ellos, dentro de unas semanas tendrán un nuevo patrón. ¡Tráeme mi caballo, mientras me adecento un poco!

—Sí, Joe.

Minutos más tarde, los dos hombres cabalgaban rápidamente en

dirección a la ciudad.

Capítulo XII

Betty Smith, una rubia de cara redonda muy simpática, había reunido aquella mañana en su casa a sus amigas, las cuales habían acudido presurosas para contemplar el equipo de novia de Betty, que se casaba seis días más tarde con un fabricante de valijas de Denver.

Leonore Keep ya había visto todo lo que tenía que ver, y ahora se había detenido junto a una ventana mirando pensativamente a la calle, mientras, a sus espaldas, las demás muchachas soltaban frases admirativas examinando la ropa interior femenina.

Martha Madison, la reina del chisme en Denver —título conseguido tras muchos años de constancia y casi por unanimidad popular— observó a Leonore junto a los cristales y se puso a tironear de la falda de sus amigas, haciendo extrañas muecas.

Cuando Martha hubo conseguido que todas las mirasen sorprendidas, porque no sabían lo que quería decir, ella se alisó la falda y cogiéndose la barbilla con la mano dio unos pasos por la estancia.

—¿En qué estás pensando, Leonore?

La interpelada dio un pequeño respingo de sobresalto y se volvió sonriendo.

—¡Oh, en nada importante!

Martha sonrió con intención.

—¿Quieres que lo adivine?

—¿Es un nuevo juego, Martha?

—Estás pensando en él.

—¿En él…? ¡Oh, sí! Confieso que has acertado. Pensaba en Alfred.

—Ya sabemos todas que Alfred es el hombre que te espera en

Boston.

—Sí, lo he contado todo. Alfred es el hombre con quien me voy a casar.

—Pero no es «él».

—No te comprendo, Martha.

—Quiero decir que no es el hombre en quien tú estabas pensando.

La joven alzó la barbilla.

—¿En quién crees que estaba pensando?

—Joe Kennedy; éste es su nombre.

—No he oído en mi vida mayor tontería.

Martha miró a sus amigas sin perder la sonrisa de los labios. Aquello estaba resultando mucho más divertido de lo que ella misma había supuesto.

—¿Por qué no has de ser sincera con nosotras, Leonore? Somos tus amigas.

—Aun en el caso de que hubiese estado pensando en Kennedy, no lo hacía en el sentido que tú eres, Martha.

—De modo que admites que era él quien ocupaba tu pensamiento.

—Muy bien, era así.

Martha soltó una risita.

—Todas nosotras hemos visto a ese hombre y, francamente, nos ha parecido estupendo.

—No lo habéis visto bien.

—Bueno, no es que Kennedy sea excesivamente guapo, pero posee otras muchas cosas que son de igual valor.

—¿Qué cosas, Martha?

—Es un hombre en toda la extensión de la palabra.

—¡Un bruto!

—Oh, Leonore, ¿cómo puedes decir eso?

—Sostengo que es un tipo primitivo. Eso es, un hombre de las cavernas.

—¿Te refieres a su forma de hablar?

—No es precisamente su forma de hablar lo que me hace opinar de él así, sino su proceder.

—Vaya, eso sí que es interesante —dijo Mari ha—. ¿De qué forma ha procedido contigo para que hayas llegado a esa

conclusión, Leonore?

—Prefiero no hablar de ello.

Leonore se humedeció el labio inferior con la lengua que, al decir de muchos, era la más viperina del estado de Colorado.

—¿Te ha pegado, Leonore?

—¡Oh, no! —respondió la señorita Keep, volviéndose bruscamente.

—Entonces, ya sé lo que ha hecho contigo.

—¿Qué?

—Te ha besado.

—¡Eres insoportable, Martha! ¿Quieres callar de una vez? Martha entrelazó los dedos y echó la cabeza hacia atrás, riendo escandalosamente.

—¿Lo habéis oído, chicas? La ha besado, y por eso dice que es un bruto, un hombre primitivo, un tipo de las cavernas.

Otras de las muchachas, rieron, aunque lo hicieron con más suavidad. Una de ellas, de aspecto melancólico, con un tirabuzón grande a cada lado de la cabeza, bajó la mirada avergonzada.

—Mamá dice que en una reunión de señoritas no se debe hablar de estas cosas.

Martha dio un manotazo en el aire y seguidamente miró los ojos furiosos de Leonore.

—¡Niega que ha sido eso, Leonore!

La joven apretó los labios con fuerza.

—Muy bien, Martha. Kennedy me besó y… lo ha hecho dos veces.

—¡Dos veces! —exclamó la de los tirabuzones, llevando las manos a las mejillas, con los ojos muy abiertos.

Martha seguía sonriendo triunfantemente, y ahora puso un brazo en jarras y dio dos pasos por la estancia.

—¿Lo habéis oído? Ella misma lo acaba de confesar. La ha besado dos veces.

La señorita Keep hizo otro gesto orgulloso.

—Las dos veces a traición.

—Ello quiere decir que tú no diste el consentimiento.

—Más que eso. Me defendí contra su ataque, y tuvo que oírme después.

—¿Sí? ¿Qué le dijiste?

—Lo que se merecía… Y sabedlo bien de una vez: Odio ti ese hombre. Lo odio con todas mis fuerzas. Estoy deseando que transcurran estas semanas para verme libre de él.

—Sí, ya sabemos —dijo Martha con retintín—. Tú te irás entonces a Boston y te casarás con tu Alfred.

—Desde luego.

—Porque es a Alfred a quien quieres.

—Sí.

—Porque es de él de quien estás enamorada.

—Exactamente.

Martha rió otra vez estrepitosamente.

Las pupilas de Leonore brillaron enfebrecidas.

—Yo no lo encuentro gracioso, Martha.

Martha le señaló con la mano.

—Aquí tenéis a la señorita Keep, una mujer que no se conoce a sí misma.

Betty Smith intervino conciliadora:

—¿Por qué no dejamos ya esta broma, Martha?

—No es una broma, querida mía. ¿Por qué no hemos de discutir un asunto, cuando de ello depende la felicidad de una persona, de alguien que es tan querida para nosotras como Leonore Keep? —Martha miró otra vez a Leonore—. Ella no quiere al chico de Boston, a su Alfred.

—¿Cómo te atreves a hablar de mis sentimientos?

—Estás enamorada de Joe Kennedy.

—¿Te has vuelto loca?

—El bruto le ha ganado la batalla al caballero.

—¡No quiero escucharle un minuto más! Sólo estás diciendo barbaridades, Martha; y yo sé por qué. No puedes vivir sin el chisme. Tú lo necesitas como los peces el agua para poder vivir. Entérate de una vez: desde que conocí a Joe Kennedy en Fort Laramie, ese hombre me fue desagradable, antipático. Gustosamente hubiese renunciado a mi parte en la herencia, porque así lo hubiese perdido de vista. Pero sólo acepté permanecer aquí cuatro semanas con él, por la única y exclusiva razón de impedir que nuestro rancho pasase a manos del enemigo de mi abuelo. Todo esto que ocurre ahora es como si yo estuviese viviendo una pesadilla. ¡Yo quiero a Alfred Junes…! ¡Sólo a él!

La joven terminó de hablar y en la estancia se produjo un largo silencio.

Seguidamente Leonore echó a andar rápidamente.

Betty Smith corrió tras ella, alcanzándola en el vestíbulo.

—¡Oh, Leonore, no sabes cuánto lo siento! Esa Martha siempre haciendo pasar matos ratos a todas. Sólo disfruta con los escándalos.

La joven sonrió, mientras palmeaba las mejillas de la novia.

—No te preocupes, Betty. Casi celebro que Martha me haya dado una oportunidad de exteriorizar mis sentimientos. Después de todo, Joe Kennedy y yo estamos viviendo en la misma casa; y aunque naturalmente yo ocupo un ala y él otra, ya supuse desde el principio que eso daría lugar a muchas habladurías. Supongo que ahora al menos vosotras tendréis una idea clara de lo que yo pienso acerca de ese asunto.

Betty Smith hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y luego dijo:

—Cada mujer es libre de elegir al hombre que ha de ser su marido, pero te voy a decir una cosa, Leonore. Vi a Kennedy ayer y me pareció un hombre muy simpático.

—Eso es porque no has hablado con él.

—Según observé, también le resultaba simpático a la mujer que iba con él.

—¿Una mujer?

—Sí, Leonore.

—¿Quién era?

—Esa girl del saloon Anaconda que es tan guapa; la rubia, ya sabes. Creo que se llama Alice.

—¿Dónde los viste? —La joven se mordió el labio inferior—. Naturalmente, no es que me interese, pero supongo que tú te haces cargo. El y yo somos socios en el rancho y me han contado lo que esas girls pueden hacer con un hombre.

—¿Sí?

—Los arruinan.

—Ya comprendo. —Betty Smith guardó silencio—. Justamente los vi al final de la calle Mayor, bajo un árbol. Estaban de pie, y los dos parecían haber iniciado una conversación muy… interesante. Kennedy se reía.

—¿Sólo eso? —dijo Leonore, mirando a un punto situado en la pared.

—Bueno; luego se fueron.

—¿Adónde?

—Los vi marchar hacia el saloon.

—Al fin y al cabo, ¿qué se podía esperar de un hombre de esa clase?

—Bueno, ¿qué tiene de particular que él se divierta un poco?

—¿Divertirse? ¿Llamas a eso divertirse, Betty?

—Bueno, no hace falta pensar nial. No sabemos lo que ocurrió después.

La joven respiró profundamente.

—No pasó la noche en casa.

—¿Cómo lo sabes? ¿No has dicho antes que vuestras habitaciones están en distintas alas?

La joven se sonrojó.

—Casualmente, me lo dijo el criado esta mañana.

—Ya. —Betty ladeó la cabeza—. Bueno, pues ya lo sabes. La culpa la tiene esa girl.

Leonore hizo un gesto afirmativo y Betty prosiguió:

—Al fin y al cabo, es una suerte que ese hombre no te haya interesado.

—Sí, Betty. Bueno, querida, ya me marcho. Volveré a verte muy pronto.

—Sí, Leonore. Cuando tú quieras.

Leonore salió de la casa andando muy aprisa.

Fue a echar a andar por la acera, pero de pronto se acordó de que tenía allí el carruaje. Se detuvo, e instintivamente miró hacia la ventana desde donde ella había estado observando la calle y vio a través de los cristales a Martha y a las demás amigas, las cuales le estaban sonriendo, al tiempo que inclinaban la cabeza, saludándola.

Ella, muy confusa, también les dedicó una sonrisa y seguidamente, subió al pescante y, fustigando el caballo, se alejó de aquel lugar.

—Joe Kennedy y aquella girl… ¿Cómo se llamaba? ¡Oh, sí, Alice! Estaban hablando bajo el árbol y luego se fueron al saloon. Debieron arrojar a todas las girls de la ciudad. Los hombres encontrarían fácilmente otros medios de diversión.

De pronto oyó que la llamaban:

—¡Señorita Keep!

Tiró de las bridas, oyendo la cabalgada del jinete que se le acercaba por detrás. Era un vaquero, el cual se detuvo, tocándose el ala del sombrero. Era la primera vez que veía a aquel hombre.

—Mi nombre es Rory Anders.

—¿Qué quiere, Rory?

—Siento darle malas noticias.

—¿A qué se refiere?

—Su socio, el señor Kennedy, se encuentra en grave estado.

La joven sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Cómo dice?

—Se cayó del caballo y tuvo la mala suerte de golpearse la cabeza contra una piedra. El ha preguntado por usted insistentemente.

—¿Por mí…? ¿Ha preguntado por mí? ¿Dónde está? ¿Qué hace ahí, Anders…? ¡Vamos, dese prisa!

Rory Anders parpadeó muy confuso.

—Desde luego, señorita Keep. Ahora mismo la acompaño. Sígame usted en el coche.

Seguidamente Rory espoleó su cabalgadura lanzándola al galope.

Leonore hizo restallar el látigo sobre el caballo y éste emprendió una rápida carrera en pos del jinete.

Salieron de la ciudad por el sur y tres millas más allá se desviaron de la carretera, tomando un camino que orillaba un bosque de álamos.

—¿Dónde está, señor Anders? —gritó la joven.

El jinete hizo señales con el brazo, dando a entender que se hallaban cerca de su destino.

Bajaron por una ladera y entonces Leonore vio una cabaña al pie de un farallón. Allí había unos cuantos caballos. No tuvo duda de que entre aquellas paredes se encontraba a Joe Kennedy, moribundo.

¡Santo cielo! ¿Por qué las sienes le latían con aquella violencia?

Llegó ante la casa y detuvo bruscamente el caballo, echando pie a tierra y adelantándose al jinete. Luego se precipitó hacia la puerta y la abrió de un tirón, introduciéndose en la cabaña.

—¡Joe! —gritó y al instante quedó inmóvil, sin dar un solo paso.

Junto a una mesa y rodeado por tres hombres, vio a Maxwell Armstrong, el cual sonreía mostrando su blanca dentadura.

—¿Cómo está, señorita Keep?

—¿Y Kennedy? —inquirió Leonore, aun cuando ahora empezó a dudar acerca de la historia que le había contado su guía.

—¿Se preocupa por su socio, señor Armstrong? —inquirió a su vez la joven.

—Se lo diré a usted en seguida, Leonore. Usted y yo vamos a hacer un negocio.

—¿Entonces todo eso que me dijeron acerca de Kennedy y de su caída es falso?

—No, señorita Keep, río lo es. Efectivamente, el señor Kennedy tuvo una aparatosa caída, y de resultas de ello, se encuentra un poco deteriorado, pero no tiene que preocuparse de él. Muy pronto podrá usted verle. —Hizo una pausa, dando un suspiro—. Aun cuando el pobre muchacho ya no podrá ser un hombre como todos los demás.

—¿Qué quiere decir, Maxwell?

—Kennedy se hirió en la cabeza y en otras partes del cuerpo, y es muy posible que quede un poco marcado a consecuencia de ese accidente… Pero eso a usted no debe importarle.

Los ojos de la joven brillaron encolerizados.

—¡No creo una palabra de su historia, Maxwell!

—¿No?

—¿Qué es lo que ha hecho con Kennedy?

—Ya le he dicho que yo no le he hecho nada.

—Está mintiendo. Usted es el que le ha producido todas estas heridas que trata de justificar con la caída. Ahora lo voy entendiendo todo. Usted lo ha cogido por su cuenta y ha tratado de conseguir de él la renuncia a su parte de la herencia de mi abuelo. Es eso, ¿verdad, señor Armstrong?

Maxwell hizo una mueca.

—Suponga que lo es.

—Es usted un canalla; el más ruin de todos los hombres.

—¡No se exalte, señorita Keep!

—¡Esto le va a costar caro, señor Armstrong!

—¿Por qué, dulzura?

—Ha ido demasiado lejos.

—Yo sé hasta dónde puedo llegar, señorita Keep.

La joven dio media vuelta bruscamente y echó a andar hacia la puerta, pero Rory Anders le interrumpió el camino.

Leonore se detuvo, volviendo la cabeza con el pecho agitado por la ira.

—Usted se va a ir en seguida, señorita Keep —dijo Maxwell—. Pero antes de ello quiero que me dé un recuerdo suyo.

—¿Qué quiere decir?

—Necesito su firma. Quiero conocer su letra y su rúbrica. Le doy mi palabra que sabré conservaría. Le destinaré un lugar en una de las paredes de mi casa. Sí, señorita Keep, la pondré en un marco, dorado, porque va a ser para mí un inapreciable tesoro.

Maxwell sacó un documento del bolsillo de la chaqueta y lo desdobló, mientras decía:

—Aquí
es’ justamente
donde quiero que usted firme.

—Ya entiendo —repuso Leonore—. Es la renuncia a la herencia. No la pudo conseguir de Kennedy y entonces decidió secuestrarme a mí.

—Usted es muy inteligente; pero no se demore, señorita Keep. Firme.

—¡No lo haré!

Maxwell se puso muy serio.

—No me agradaría hacerle daño, señorita Keep.

—No se atreverá a tocarme.

—No, yo, no, señorita Leonore. Le doy mi palabra de que yo no la tocaré. —Maxwell sonrió aviesamente, mirando a los hombres que lo rodeaban—. Pero estoy seguro de que mis muchachos no son tan delicados como yo en el trato a una dama.

—Le voy a proponer una cosa, señor Armstrong. Déjeme salir de aquí y le prometo que no comunicaré nada de todo esto al *sheriff*.

—Es usted muy generosa, señorita Keep. Pero yo no puedo aceptar su oferta. Ande, no pierda más tiempo.

La joven apretó los puños, mientras se ponía muy rígida.

—No lo haré.

Maxwell la miró un ralo en silencio y finalmente dio un suspiro,

dejando el papel en la mesa.

—Ya lo has oído, Rory. La señorita Keep no quiere favorecernos con su autógrafo. En la repisa de la chimenea encontrarás tintero y pluma. Ahora recuerdo que yo he de ir a la ciudad. Regresaré dentro de una hora. Estoy seguro que para entonces todo estará solucionado.

Armstrong caminó hacia la puerta.

—¡Maxwell! —llamó la joven.

—¿Decía usted algo, señorita Keep? —preguntó Armstrong.

—Lo que va a cometer es una villanía, pero le aseguro que yo no firmaré ese documento.

—¿Qué les pasa a usted y a Kennedy? ¿Por qué han de hacerse los héroes? Es algo que no me explico. A usted le hago la misma proposición que a él, señorita Keep. Estoy dispuesto a darle quince mil dólares.

—¿Le ofreció a él quince mil dólares y no firmó?

—Sí, señorita Keep. Ese estúpido hizo eso, pero usted es de otro barro, ¿verdad? —Maxwell sonrió—. Firme el documento y tendrá los quince mil dólares. A usted no le gusta el rancho; nunca le ha gustado. Emprenderá el regreso a Boston y allí tendrá la vida que usted desea.

Maxwell acercó su cara a la de la joven.

—Ande, señorita Keep; demuestre que usted es más lista que Kennedy. Ese hombre es sólo un cazador de búfalos, escoria de la sociedad, un tipo despreciable…

De pronto, la joven le descargó la mano en la mejilla.

Maxwell dio un traspié y, cuando se detuvo, sus ojos se desorbitaron, llenos de ira. Por un instante pareció que iba a abalanzarse sobre la muchacha, pero luego se detuvo. Sus labios se crisparon en una sonrisa sarcástica.

—Ya lo ha oído antes, señorita Keep —se acarició la mejilla golpeada—. Dentro de una hora volveré aquí, y apuesto a que para entonces yo tendré la firma que necesito y usted será una mujer menos orgullosa.

Seguidamente Maxwell Armstrong abrió la puerta y salió de la cabaña. Fue a la parte de atrás, donde estaba el cobertizo de los caballos y, montando en el suyo, lo dirigió a un trote corto hacia Denver.

CAPÍTULO XIII

—¡Maldita sea! —exclamó Joe Kennedy—. No se ve a nadie por estos contornos.

—Estoy seguro de que Summerville no se equivocó —repuso Leddy Kafka—. Vio a Leonore en la calle Mayor hablando con un jinete.

—Sí, ya sé de memoria esa historia. Ella se afectó mucho y se lanzó en pos del vaquero hacia el sur.

—Tú mismo dijiste que eso quería decir una cosa: que ella había caído en una trampa.

—Si ese condenado Maxwell le ha rozado con los dedos, juro que su pedazo más pequeño no cabrá en un dedal.

—¡Eh, Joe, mira! —dijo de pronto Leddy—. ¿El qué?

—¡Aquél es Armstrong! ¡El que aparece por la colina! Joe y Leddy se encontraba en el bosque de álamos. El joven miró en la dirección que le indicaba Kafka y vio a Maxwell que avanzaba en dirección a Denver. —Sí, es él— dijo—. Pero viene hacia aquí.

—¡Vamos a por sus huesos!

—No. Está demasiado lejos, y en cuanto nos oiga llegar, huirá.

—De todas formas, le cazaremos.

—¿Es que no lo comprendes, Leddy? Para cuando le echemos el guante, a Leonore ya le habría ocurrido lo inevitable. Hemos de dar a toda costa con el lugar de donde viene ese pájaro, y apuesto a que no debe ser muy lejos, ya que ha transcurrido muy poco tiempo desde que tu amigo Summerville vio a Leonore con el jinete.

Esperaron unos instantes a que Armstrong hubiese desaparecido más allá de la colina, y entonces los dos amigos dirigieron sus cabalgaduras hacia el lugar por donde surgió el ranchero.

—Es mejor que nos dividamos —dijo Joe—. Yo tiraré por

delante de esa colina y tú irás por detrás. Veas lo que veas, no hagas uso del revólver, Leddy.

—Bueno, supongo que podré disparar antes de que me maten.

Los dos amigos se separaron.

Joe avanzó treinta yardas. De pronto descubrió en un trozo de arena la huella dejada por una rueda de un carro.

Llegó a la conclusión de que se remontaba por una ladera que había a la izquierda. Subió por allí y de pronto se detuvo, viendo el fondo, junto a un gran peñasco, una cabaña. Se retiró rápidamente, mirando hacia el lugar por donde había partido Leddy; pero ya no lo vio.

Entonces puso pie en tierra y palmeó a su cabalgadura, alejándose de ella.

Dio media vuelta a la ladera, corriendo muy aprisa, y luego avanzó hacia la cabaña.

Llegó al pie de un arbusto seco, a unas veinte yardas de la choza, y se detuve observando los alrededores. Por allí no había ningún centinela.

De pronto la atmósfera fue rasgada por un grito femenino.

Sintió que la sangre se le helaba en las venas. Era Leonore.

Sacó el revólver y echó a correr hacia una ventana. Cuando estaba a dos yardas, saltó de cabeza.

Sus hombros y espalda destrozaron el cristal y la madera y él cayó rodando por el interior.

Cuando se detuvo, vio a Leonore junto a la chimenea, cubriéndose la cara. Enfrente tenía un hombre, el cual evidentemente acababa de abofetear a la joven, porque ella tenía una mejilla muy encendida. Detrás de una mesa había otros tres hombres. Ninguno tenía el revólver en la mano, pero todos ellos empezaron a desenfundar.

Joe apretó el gatillo, sin levantarse. El primer proyectil lo destinó al hombre que había lastimado a Leonore.

De pronto la cara de aquel hombre estalló en sangre y se derrumbó.

Otro de los tipos recibió su ración en el estómago. Hizo una extraña mueca y al caer golpeó contra el brazo armado del compadre que tenía más cerca. Eso evitó que Joe muriese, porque la bala que disparó el arma del truhán se clavó en el suelo, a escasas

pulgadas de su bota.

Joe se estaba ocupando del otro hombre, a quien le metió un insecto de plomo por uno de los agujeros de la nariz. El tipo en cuestión murió sin poderse despedir de nadie.

El cuarto hombre sintió que se le paralizaba el corazón y quedó inmóvil unos instantes, hasta que por último se abatió sobre la mesa y se derrumbó en el suelo.

Luego, todo quedó en silencio.

Joe se puso en pie y miró a Leonore, la cual continuaba en el mismo lugar, junto a la chimenea.

—¿Le han hecho daño, señorita Keep? —preguntó él.

—No… Llegó usted muy a tiempo.

—Lo celebro.

Ella vio en la cara varonil las huellas que los hombres de Armstrong le habían dejado.

—¿Cómo logró escapar, señor Kennedy? —preguntó.

—Un cazador de búfalos siempre tiene un truco a mano para cuando lo necesita.

Kennedy caminó hacia ella y se detuvo muy cerca. De pronto vio sobre la mesa un papel. Lo cogió y empezó a leer su contenido. No hizo falta que continuase, porque supo lo que era. La renuncia de Leonore a la herencia de su abuelo. Pero al pie no había ninguna firma.

La miró otra vez a los ojos.

—Así que no firmó.

—No.

—Ellos la estaban amenazando, y me imagino que le dirían cosas horribles.

—No fue muy agradable —respondió ella, bajando la mirada.

—Apuesto a que Armstrong le ofreció quince mil dólares.

—Sí.

—Y usted prefirió perderlos a estampar la firma que él quería.

Hubo un silencio.

—¿Por qué ha hecho eso, Leonore?

—No quería ser menos que usted.

—¿Es ésa la respuesta?

—No hay otra.

—De modo que su decisión se la ha dictado nuevamente el

orgullo.

La joven alzó los ojos.

—Sí.

Joe sacudió la cabeza.

—Eres embustera.

—¿Cómo te atreves?

—Ya lo acabas de oír. Eres una embustera.

—¿Otra vez va a volver a las andadas, señor Kennedy?

El dio otro paso hacia ella.

—Tú no quieres que el rancho se venda, Leonore.

La joven fue a decir algo, pero se interrumpió y él siguió acercándose, sin dejar de hablar.

—Tú deseas igual que yo que el rancho continúe siendo de alguien que prosiga la obra del abuelo.

—Supón que sea eso.

—Ya está supuesto —dijo él, deteniéndose a su lado—. Yo veo una solución.

—¿Cuál?

—Tú eres su nieta y llevas su apellido. Tendrías que ser tú la ranchera.

—Sí.

—Yo te vendo mi parte, tú te casas con quien quieras y de esa forma la obra del abuelo no se perderá.

—Se lo diré a Alfred. Según lo que él conteste, decidiré.

—¿De veras vas a dejar la decisión en manos de Alfred?

Ella se mordió de nuevo el labio inferior con fuerza.

—No…, yo… —se interrumpió otra vez y de pronto echó los brazos al cuello de Kennedy y él, que la estaba esperando, la apretó contra sí besándola fuertemente en la boca.

La puerta se abrió, al tiempo que oían una voz:

—¡Quieto todo el mundo! ¡Al que mueva una oreja lo liquido!

Los jóvenes se separaron, mirando hacia el hueco de la puerta, donde estaba Leddy Kafka con una pistola en cada mano.

Leddy también se había quedado inmóvil, con la boca abierta, al ver al hombre y a la mujer unidos.

—¿Es cieno lo que estoy viendo? —Galleó Leddy.

Fue Leonore quien dijo:

—Sí, Leddy. Es certísimo —y pasando otra vez la mano por el

cuello de Kennedy, lo besó en la boca. Después se separó, agregando—: He sido una estúpida orgullosa. Estoy segura de que empezaste a gustarme la primera vez que te vi en aquel tugurio de Fort Laramie.

Joe le sonrió.

—Y tú también a mí. Justo en el instante en que te vi en el suelo, supe que tú ibas a ser para mí. —El joven meneó la cabeza—. Aunque también me di cuenta de que me iba a costar un poco de trabajo.

En aquel instante oyeron un salvaje aullido, y los dos se volvieron hacia la puerta. Era Leddy, que estaba lanzando el sombrero al aire.

—¡Todo ha resultado estupendo! ¡El rancho de Harry Keep va a estar en buenas manos!

—Todavía no se ha acabado la aventura —dijo Kennedy.

Leonore se estremeció.

—¿Te refieres a Armstrong?

—Sí, nena.

—Olvídalo.

—No puedo olvidarlo, porque ahora conozco la condición de ese hombre. Nuestra vida se convertirá en una pesadilla, porque él no se conformará con su derrota. Voy a ir en su busca.

—¡No quiero que te enfrentes con él!

—No voy a desafiarle, sino a darte una lección. Si se desmanda, será cuenta suya.

—¡Oh, Joe, no vayas!

Kennedy le acarició la mejilla, donde el truhán la había golpeado.

—Ese miserable de Armstrong te había dejado en manos de sus verdugos y ellos estaban dispuestos a lodo. Tú vas a ser mi mujer, Leonore. Yo no sería un hombre si no saldara la deuda que Maxwell ha contraído conmigo.

—Pero, Joe… Maxwell no está solo. Tiene un montón de —pistoleros con él.

—No te preocupes. Sabré arreglármelas.

—Por favor —dijo ella, abrazándole—. Ve a nuestro rancho y reúne a nuestros hombres. Ellos le defenderán. Te los has ganado desde el primer momento.

—No dudo que están deseando luchar por nosotros, pero eso sería mucho peor. Entonces correría la sangre. Este asunto se ha convertido en algo personal entre Maxwell Armstrong y yo por lo tanto, es a mí a quien corresponde solucionarlo.

Joe la besó ahora suavemente en la comisura de la boca y se apartó de ella, caminando hacia la puerta.

—¡Joe! —lo llamó Leonore.

Kennedy se detuvo junto a Leddy, y después de mirarle a la cara en silencio, te palmeó el brazo, diciendo:

—Gracias por todo, Leddy. Cuídala.

Sin esperar respuesta alguna, Joe salió de la cabaña.

CAPÍTULO XIV

Maxwell Armstrong apuró de un trago el *whisky* de su vaso e hizo una señal al mozo para que escanciase otra vez.

Luego el ranchero dejó dos monedas de cuarto de dólar sobre el mostrador. Iba a coger el vaso de nuevo para beber, cuando de pronto oyó una voz:

—Ponme un *whisky*, muchacho.

Maxwell se volvió sobresaltado, y abrió mucho los ojos al ver en el extremo del mostrador más cercano a la puerta la figura de Joe Kennedy.

Los ojos del joven también se fijaron en el rostro de Armstrong. El mozo debió husmear algo en la atmósfera, porque al instante su mano se puso a temblar mientras escanciaba en el vaso que destinaba a Kennedy.

—Hola, Armstrong —dijo Joe.

El ranchero apretó los dientes.

—De modo que ha escapado.

—Aquí me ve, y le doy mi palabra de que no tengo un hermano gemelo.

—Usted sabe valerse por sí mismo, ¿eh, Kennedy?

—No me ha ido mal por la vida, desde que me puse a matar búfalos cuando tenía once años de edad.

—Le voy a dar un consejo, Kennedy.

—Venga.

—Vuelva otra vez allá y siga matando búfalos.

—No sirve, Armstrong; y le voy a decir por qué. Ha habido ciertos momentos en mi vida en que me he dado cuenta de que era más importante matar a un hombre que a un animal, porque hay tipos que no tienen derecho a vivir. Usted es uno de ellos.

Armstrong sonrió, torciendo la boca.

—Dice eso porque ordené que le pegasen una paliza y está demasiado acostumbrado a ganar todas las peleas.

—No, Armstrong. Soy duro y no me importa un arañazo más o menos. Usted se ha ganado una bala por otra razón. Ha cometido la vileza de ordenar a unos cuantos desharrapados que coaccionasen a una muchacha; y sólo porque yo llegué a tiempo de impedir que cometiesen una barbaridad ella sigue siendo lo que era.

Hubo un largo silencio. Luego Armstrong dijo:

—De modo que ustedes ganan.

—Sí, Armstrong. Leonore y yo ganamos, porque usted jamás tendrá el rancho.

—Ustedes lo venderán y yo lo compraré.

—No, Maxwell. El rancho seguirá siendo nuestro, y de nosotros pasará a nuestros hijos.

—¿Qué dice?

—Leonore y yo nos vamos a casar.

Sobrevino otra pausa, y Maxwell volvió a sonreír.

—Enhorabuena, Kennedy.

—He venido a hablar seriamente con usted, Maxwell.

—Ya está hablando.

—Me falta decirle lo más importante. Usted se va a estar quieto a partir de ahora. Naturalmente, tenemos que ser vecinos, pero entre usted y yo no podrá existir absolutamente la menor relación.

—Muy bien. ¿Ya acabó?

Joe se apartó del mostrador y fue al encuentro del ranchero. Mientras se acercaba, dijo:

—No, Armstrong; todavía no he terminado. Falta el último detalle.

Armstrong empezó a cerrar los puños, porque sabía lo que se avecinaba. De pronto se abalanzó sobre Kennedy, pero éste lo detuvo en seco pegándole un golpe en el estómago, y luego le conectó la zurda en la cara.

Maxwell retrocedió, dando un traspié. Joe le acompañó en el camino y le pegó otra vez en el estómago, atrayéndolo hacia sí, y luego en la cara; y esos movimientos los repitió tres veces hasta que por último Armstrong chocó con las espaldas contra una columna y se quedó quieto, boqueante, escupiendo saliva y sangre.

A aquellas horas de la mañana en el local había de seis a siete clientes, que observaban perplejos la pelea.

Joe habló:

—¿Lo va entendiendo, Armstrong? Usted y yo no tenemos nada que ver, y la próxima vez que usted intente cualquier cosa contra mi propiedad o contra cualquiera de mis muchachos, le juro que le arranco la piel.

—Sí, Kennedy —dijo Armstrong.

—No se lo volveré a repetir, Maxwell.

Joe giró sobre sus talones y echó a andar hacia la puerta. Había llevado a Armstrong hasta la columna porque justamente ahora Maxwell se reflejaba en el espejo que había enfrente.

Maxwell creyó que Joe no le podría ver y tiró del revólver.

Joe giró como una centella y, hundiendo la culata hacia abajo, apretó el gatillo sin desenfundar.

Maxwell recibió el impacto en el centro del pecho, y golpeó otra vez contra la columna. Su mano se abrió y el «Colt» cayó en el suelo. Permaneció con los ojos abiertos muy fijos en la figura del joven, y luego sus labios se movieron tratando de decir algo, pero no logró articular sonido alguno.

Soltó un gemido y se desplomó de bruces en el suelo, quedando inerte.

* * *

El juez Smith entrelazó los dedos, mirando sonriente a Leonore y Kennedy, que estaban sentados en sendos sillones frente a su mesa. De las orejas de la señorita Keep colgaban unos aros mexicanos.

—Así que ustedes han decidido casarse.

Los dos jóvenes hicieron un gesto afirmativo.

El juez Smith carraspeó suavemente y separó las manos, abriendo un cajón de su mesa del cual extrajo un sobre.

—Muy bien, amigos —dijo—. Aquí tengo una carta que Harry Keep me entregó para que se la leyese a ustedes sin prisa, cualquier día en que por su propio pie, los dos juntos, se llegasen a este despacho. Como esto acaba de ocurrir, creo que es el mejor momento para enterarnos de su contenido.

Leonore y Kennedy hicieron un gesto de sorpresa.

El juez Smith, con sus sesenta años, imprimía a todos sus

movimientos una gran solemnidad. Rasgó el sobre, extrayendo un papel que observó un momento y luego leyó en voz alta:

—«Bien, chicos, ya estáis aquí; y que me emplumen si el motivo de esta visita no es el que yo me figuro. Siempre pensé, Leonore, que tú eras una chica con buen fondo, aun cuando la vida de Boston te perjudicase mucho con sus cursilerías. En cuanto a ti, Kennedy, eres un hombre de una pieza, pero en la vida no todo son puñetazos. Un poco de refinamiento no viene mal. De modo que, teniendo en cuenta cómo erais cada uno de vosotros, pensé qué gran combinación se podría hacer con dos muchachos de vuestras condiciones. Porque, en resumidas cuentas, un matrimonio sólo consiste en eso; en una ayuda mutua de dos seres para que ambos lleguen a superarse en el duro camino de la vida. Bien, chicos, no quiero ser pesado como Johnny el Predicador, así que sólo me queda deciros que yo conseguí lo que deseaba. Pero, al objeto de que siempre os acordéis de mí, os impongo por la presente, como última condición para que podáis inscribir el rancho a vuestro nombre, que no os podéis casar hasta transcurrido el mes señalado para la venta del mismo, operación que naturalmente ya no se realiza. Con todo mi cariño». —El juez Smith agregó—: Firmado, Harry Keep.

Leonore y Joe se miraron, haciendo una mueca de tristeza.

—¡Hemos de esperar tres semanas! —exclamó Leonore.

Joe se echó a reír, diciendo:

—Nunca se puede fiar uno de un cazador de búfalos.

Alargó su mano y ella le tendió la suya; y así, enlazados, los dos jóvenes se echaron a reír, mirándose fijamente a los ojos.

FIN